



ÉPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 23. — Madrid 15 de Agosto de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por M. Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Tradiciones de Tierra Santa*, por Manuel Polo y Peyrolón. — *Sine Fide*. — *San Vicente de Paul y las Hijas de la Caridad*. — *La idea de Dios*, por J. Muñoz Escamez. — *El trigo y la cizaña*, por Augusto Jerez Perchet. — *Los Hermanos de las Escuelas Cristianas*. — *En Santiago de Compostela*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Jubiléo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *Bibliografía*. — *Noticias*. — *Necrología*.
GRABADOS. — *Mons. Angel di Pietro, Nuncio Apostólico en Madrid*. — *Jesucristo muerto* (cuadro de Alonso Cano). — *Colegio de la Asunción en San Sebastián*. — *Convento de la Purísima Concepción de la villa de Agreda*.

LA DECENA

LA festividad de San Lorenzo es una de las que conservan mayor carácter en Madrid. Durante la noche que la precede las calles de la feligresía aparecen llenas de colgaduras é iluminaciones, abiertos sus establecimientos públicos y animadas por cantos y músicas populares. El rumbo proverbial de las vecinas de Lavapiés aparece en toda su ostentación, y los bordados pañolones de Manila se burlan del calor, cubriendo el talle de sus dueñas. Tal vez en semejante noche de verbena se desafia con exceso al alcohol amflico; tal vez la tradicional limonada enronquece las voces de los cantantes y refresca más de lo justo las gargantas; pero débese consignar también que, á pesar de tantas causas de desorden y disgusto, la estadística de las reyertas no acusa este año guarismos muy altos, y la intervención de los agentes de la autoridad no ha tenido que ejercitarse muchas veces. En completa decadencia las verbenas de San Juan y de San Pedro, consuela en cierto modo que aun subsistan, amparadas por nombres que la Religión consagra, las de San Cayetano y San Lorenzo y la de la Virgen de la Paloma. Verbenas de calle, fiestas de barrio, recuerdo y tradición de otras épocas en que alumbraba menos el gas y alumbraba más la fe, tienen estas festividades algo que conmueve, á la vez que alegra, algo que nos habla de nuestros padres, de aquel Madrid que va desapareciendo para dejar lugar á un Madrid novísimo, con todas las condiciones y todos los requisitos que imprime el progreso.

La procesión celebrada en la tarde del miércoles fué brillantísima, y llamó á las calles del tránsito compacta muchedum-

bre, procedente de los barrios más apartados. La festividad de San Lorenzo se ha verificado, pues, con tanta brillantez como animación, y para mayor carácter todos hemos podido apreciar el tormento del Santo, por hallarnos, como ha dicho un periódico, "á la temperatura del frito."

También es de gran importancia la novena que viene celebrándose á la Patrona de Madrid en la Real Basílica del paseo que lleva su nombre. Cuando este número se reparta las funciones á la Virgen de Atocha habrán terminado con la popular romería que todos los años lleva á las cercanías del templo numerosísima concurrencia; pero las elocuentes voces de los predicadores habrán añanzado más y más las dulces y santas creencias de los madrileños

á la que es Madre de misericordia y fuente de consuelo.

**

A pesar de los calores y de la muchísima gente que falta de Madrid, y á pesar sobre todo de la clausura de las Cortes, no hemos conseguido vernos libres de la política. En cada balneario donde hay un hombre público hállase también un *reporter*, que diariamente nos dice lo que habla, lo que piensa, lo que come, lo que sueña aquél; estas referencias son seguidas de numerosos juicios, que por cuenta propia formulan los periodistas que resisten á pie quieto los cuarenta grados de calor madrileño; los vendedores ambulantes nos persiguen con sus hojas de política seria y de política satírica; en todos los cafés y en casi todos los portales se renuevan constantemente las caricaturas en cromo, y si por olvidar este tormento de la época acudimos á los teatros, es más que probable que tropecemos en ellos con piezas de circunstancias, cortadas todas por el mismo modelo y reducidas á sacar á escena, como en los tiempos de Aristófanes, á los prohombres de los diferentes partidos que luchan entre sí por labrar nuestra felicidad.

La política ha encarnado de tal modo en nuestro modo de ser, que si por ejemplo habla el Sr. Salmerón á un amigo en Pontevedra, el telégrafo se precipita á comunicar al resto del globo la fausta nueva, y al día siguiente sólo se oye:

— ¿Pero ha visto usted lo que ha dicho Salmerón?

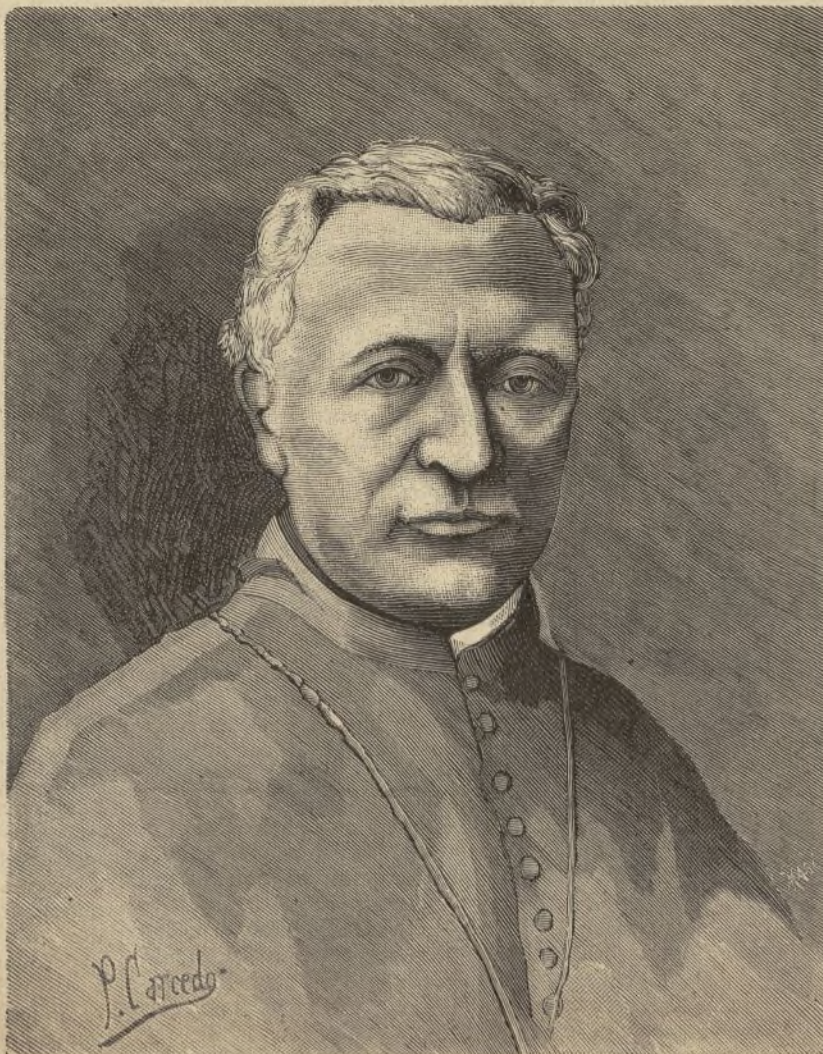
— ¿Qué opina usted del discurso de Salmerón?

— ¿Con que Salmerón ha dicho...?

Y chicos y grandes, altos y bajos, hombres y mujeres, sólo hablan de Salmerón y de sus proyectos y promesas y confidencias y esperanzas.

En ocasiones esta índole de confidencias tiene sus quiebras, y bien por una causa ó por otra surgen disgustos por si un político dijo esto, ó lo otro, ó lo de más allá, y por si el periodista interpretó fielmente sus pensamientos y declaraciones. Entonces la política toma por otros caminos, y surge ese remedio digno de los tiempos bárbaros que se llama "lance de honor," como si el honor consistiera en saber alojar una bala en el cuerpo de un semejante ó cruzarle los riñones con un florete.

El Código penal dice sobre



MONS. ANGEL DI PIETRO, NUNCIO APOSTÓLICO EN MADRID.

este asunto cosas muy buenas; pero aquí hemos convenido ya en que es lícito un lance de honor y en que las autoridades cumplen con su deber, aunque sepan de público los nombres de los rivales, y los de los testigos que les apadrinan, y hasta el día y hora y sitio en que ha de verificarse el encuentro. En ocasiones — y conste que hablo de lo que ahora sucede en Francia — un general con mando, como es Boulanger, y un hombre civil de la importancia de Ferry, logran que sobre ellos se fije días y días la pública atención, y se cruzan cartas provocadoras, y se reemplazan unos testigos por otros, y la prensa y el telégrafo dan cuenta hora por hora de la marcha de la cuestión... sin que se enteren de ellos los que tienen el deber de evitarlas.

Me complazco en creer que si algo de esto llegase á ocurrir en Madrid, la superior autoridad cumpliría la misión que le está encomendada, no repitiéndose el caso más de una vez ocurrido de dar cuenta detallada á los lectores de hechos consumados y calificados de delito por el Código.

**

Una teoría francesa y un procedimiento español.

La teoría ha sido sentada en una reunión anarquista de París, donde se ha convenido en que los propietarios son unos tunantes y en que no deben pagarse los alquileres hasta que el Municipio se incaute de la propiedad particular. La práctica se ha establecido en un pueblo de Andalucía, donde un propietario ha querido cobrar á tiros el importe del inquilinato.

— ¿Piden los caseros el alquiler? — dicen los socialistas franceses — pues se les recibe á puñalada limpia.

— ¿No pagan los inquilinos el arrendamiento? — objetan á su vez los caseros andaluces — pues se les cobra á tiros.

Buen sistema para llegar á la paz social, cantada por los que no la conocen. Por el pronto no me parece improcedente, hasta que se aclare esta cuestión de derecho, aplazar el pago de todos los arrendamientos.

Con lo cual comprenderán ustedes que yo no soy propietario.

**

Entre los asuntos de carácter internacional que más justamente preocupan hoy la atención debe citarse el de la ocupación del Egipto por Inglaterra, asunto que puede traer graves complicaciones.

Un diplomático amigo mío, con quien paseaba ayer por el Parque de Madrid, hablando del asunto me dijo al llegar al estanque:

— Si le parece á usted tomaremos por cualquier otro paseo.

— Bueno; pero no me explico...

— Para no pasar junto á la fuente egipcia.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

MONS. ANGEL DI PIETRO, NUNCIO APOSTÓLICO EN MADRID.

Mons. di Pietro, que ha sustituido en la Nunciatura de Madrid al Cardenal Rampolla, ha desempeñado en diversas ocasiones muchos cargos eclesiásticos de importancia. Nació en 1828 en la diócesis de Tivoli, é hizo en el Seminario de esta ciudad sus estudios de Filosofía y Teología. Después de ordenado recibió en Roma el grado de Doctor en Derecho civil y canónico.

Fué Secretario y Vicario general del Obispado de Tivoli, hasta que en 1865 pasó á la Diócesis de Velletri, llamado por el Cardenal Mattei. Al año siguiente fué elevado á la Sede titular de Niza, y en 1877 comenzó su carrera diplomática, enviándole el Papa Pío IX, en concepto de Delegado apostólico y Enviado extraordinario, á las Repúblicas Argentinas, del Uruguay y del Paraguay. En 1879 pasó á ser Intendente en el Imperio del Brasil.

Antes de ser promovido á la Nunciatura de Madrid desempeñó con gran acierto la de Munich, mereciendo unánimes elogios.

JESUCRISTO MUERTO
(Cuadro de Alonso Cano.)

Es uno de los cuadros más bellos y característicos del ilustre pintor, escultor y arquitecto granadino, discípulo de Pacheco y de Montañez, y cuya accidentada vida tanto se ha prestado á la fantasía de los poetas. Alonso Cano nació en Granada el 17 de Marzo de 1601 y murió en la misma ciudad el 5 de Octubre de 1667.

El cuadro que reproducimos se conserva en el Museo de Madrid.

COLEGIO DE LA ASUNCIÓN EN SAN SEBASTIÁN.

El colegio fundado en San Sebastián por las Religiosas de la Asunción es uno de los más importantes de su índole y en el cual encuentran las hijas de familia una educación

profundamente religiosa y todos los conocimientos exigidos en buena sociedad. Las lecciones á cargo de religiosas francesas é inglesas se dan en ambos idiomas, siendo también muy esmerado el estudio del idioma español, labores, bordados y costura. Un día de la semana consagran las educandas á los pobres sus tareas. Como clases de adorno figuran el piano, dibujo, pintura, solfeo, italiano y alemán.

En el colegio citado hay pensionistas y medio-pensionistas, siendo los honorarios poco crecidos.

CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE LA VILLA DE ÁGREDA.

El interés que ha despertado desde la publicación de las cartas de la venerable Sor María de Jesús cuanto con la célebre religiosa se refiere nos mueve á publicar una vista del monasterio fundado por la misma en 1633, y en el cual murió algunos años más tarde, siendo ejemplo y admiración de sus hermanas de clausura.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

XIX

SAN LONGINOS Y SU LANZA



EN el ábside oriental de la basílica del Santo Sepulcro, entre las capillas llamadas del *Cepo de Cristo* y de la *División de los Vestidos*, encuéntrase la de *San Longinos*, por otro nombre del *Título de la Santa Cruz*, por que según tradición inmemorial, allí estuvieron depositados y expuestos á la veneración pública el título, la lanza y la esponja. Arquitectónicamente considerada, lo mismo que las demás del ábside, nada ofrece de particular esta capilla, perteneciente á los griegos cismáticos, y en cuyo altar único se ve un lienzo que representa al soldado Longinos, abriendo con su lanza el divino costado del Señor, ya muerto y pendiente de la Cruz.

Y los judíos (porque era la Parasceve), para que no quedasen los cuerpos en la Cruz, el sábado (porque aquel era el grande día de Sábado), rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas y que fuesen quitados.

Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y al otro que fué crucificado con él.

Mas cuando vinieron á Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas.

Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua.

Y el que lo vió, dió testimonio: y verdadero es el testimonio de él. Y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.

Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliese la Escritura: no desmenuzareis hueso de él.

Como en el anterior texto evangélico emplea San Juan la palabra *lanza*, infieren de aquí algunos que Longinos era soldado de caballería, pues entre griegos y romanos, únicamente los jinetes usaban lanza; pero parece casi seguro que los soldados romanos que crucificaron á Jesucristo nuestro Señor fueron cuatro y de á pie, lo cual en nada se opone al sagrado texto, pues sabido es también que los infantes romanos, encargados de custodiar á los ajusticiados, usaban una lanza pequeña que podríamos llamar *hasta pica* ó *rejoncillo* y que se componía de tres partes: la punta ó cúspide (*cuspidis*) de bronce ó hierro, aplastada, cortante y ancha; el astil, palo ó mango (*hastile*) generalmente de fresno; y un chuzo ó punta metálica por contera (*spiculum*) que servía para clavar verticalmente la pica ó asta en el suelo y que podía utilizarse en caso necesario como arma ofensiva y defensiva.

Los romanos abandonaban á las fieras, dejándolos pendientes del suplicio, los cadáveres de los ajusticiados, como se acostumbraba entre nosotros no hace muchos años con los ahorcados; pero, para cerciorarse de su muerte, les quebraban las piernas (*crurifragium*) ó atravesábanles el pecho con un acero ó lanza (*transverberatio*). El verdugo encargado de practicar esta operación última se llamaba *confector* y en las actas de los mártires le vemos con frecuencia practicar su repugnante oficio. Según el Evangelio, los soldados quebraron las piernas á los dos ladrones y no hicieron lo mismo con Nuestro Redentor Jesús, porque estaba ya muerto cuando se acercaron á él; pero los recelosos judíos, que no olvidaban fácilmente la resurrección que de sí mismo había predicho el Crucificado, llamaron sin duda al *confector*, que fué Longinos, para que atravesase con su asta el divino costado.

Varias y poéticas son las tradiciones y leyendas

piadosas que á la conversión de Longinos se refieren. Parece que era sirio de nación, tuerto ó casi ciego, y capitán ó caudillo de los soldados romanos que crucificaron al Señor.

Era el Viernes Santo al atardecer. La naturaleza se había estremecido de horror al presenciar, en la cima del Gólgota, aquel nefando deicidio; las criaturas todas lloraban á su manera la muerte del Criador; chocaban unos contra otros los peñascos; abríanse las sepulturas para dar paso á los muertos; temblaba la tierra; oscurecía el sol; rasgábase de arriba abajo el velo del templo; y los ángeles escondían el aterrado y hermosísimo rostro detrás de sus deslumbradoras alas para no ver aquella escena de horrores. Longinos presenciaba atemorizado y medio contrito el terrible espectáculo, cuando por razón de oficio se vió precisado á herir con su lanza el divino costado del Salvador. Sostienen unos que la lanza abrió el costado derecho de Cristo nuestro bien: otros que el izquierdo. Inocencio III, Benedicto XIV, el Venerable Beda, Suárez y Cornelio á Lápide, con la tradición más antigua, opinan lo primero y en el costado derecho recibió también el Serafín de Asís el estigma de la llaga. Sea lo que fuere, todos admiten que el corazón de Jesús quedó atravesado y de aquella divina llaga brotó en seguida sangre y agua, como dice el Evangelio. El hierro de la lanza salió mojado en sangre, que corrió astil abajo hasta teñir las manos de Longinos. Por natural impulso se las llevó á los ojos, é inmediatamente sanó de cuerpo y alma, recobrando la buena vista y exclamando con los que, dándose golpes de pecho bajaban del Calvario: ¡Verdaderamente este hombre era hijo de Dios!

La tradición, recogida por San Agustín y San Buenaventura, añade que el soldado Longinos, centurión á quien se confió la custodia de Jesús y de los dos ladrones, lloró en el mismo Gólgota sus culpas, abrazó el cristianismo y después de haber hecho en Jerusalén penitencia pública por sus pecados, se retiró á Cesárea de Capadocia, en donde predicaba la fe y tuvo la dicha de dar su sangre por Aquel cuyo divino costado abrió con su lanza. El Martirologio romano, empleando la palabra *perhibetur* (dícese) adopta la opinión de San Agustín y conmemora el martirio de San Longinos el día 15 de Marzo.

La santa lanza, que debió encontrarse por Santa Elena con la Cruz y demás instrumentos de la Pasión en la cisterna abandonada del Gólgota, durante los primeros siglos se veneró en la basílica del Santo Sepulcro y en el lugar que hoy ocupa la capilla de San Longinos. En tiempo del Venerable Beda (672-735) custodiábase la lanza en relicario de madera, que tenía la forma de cruz, bajo el Pórtico, llamado del Martirio, en la basílica del Santo Sepulcro. Arculfo, obispo francés, la vió allí á fines del siglo VII. El astil estaba roto en dos pedazos y todo Jerusalén veneraba la santa reliquia. San Gregorio de Tours asegura que permaneció en la santa ciudad hasta que, con motivo de haberla asaltado los persas, la hizo trasladar á Constantinopla el Emperador Neradio. Otros autores sostienen, por el contrario, que durante siglos, estuvo expuesta á la adoración de los fieles en la iglesia de San Pedro de Antioquía y los Sres. Fernández y Freire, en su precioso *Diario* tantas veces citado², cuentan lo siguiente:

«Cuando aquella reina del Orentes (Antioquía) cayó en poder de los sarracenos, los cristianos enteraron la preciosa reliquia, para evitar las profanaciones de los hordas mahometanas. Conquistada la ciudad por los soldados de la Cruz, vióse de nuevo cercada y puesta en tal aprieto por Kerboga, soldán de Mosul, que ya los sitiados estaban á punto de rendirse, cuando apareciéndose el apóstol San Andrés á un sacerdote de Marsella, llamado Pedro Bartolomé, le indicó el sitio donde estaba escondida la *Santa Lanza*. Lleno de ansiedad se dirigió al lugar indicado, seguido de un gentío inmenso, que ébrio de entusiasmo, ensordeció los aires con los gritos de ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! cuando á las primeras azadonadas descubrió el inestimable tesoro. Aquella noche pasáronla los Cruzados en actos de oración y de penitencia, y al día siguiente salieron de la ciudad, precedidos de la lanza y distribuidos en doce cuerpos en memoria de los doce Apóstoles, arremetieron al enemigo con tal ímpetu, que casi le exterminaron. Trescientos musulmanes abrazaron la fe en vista del prodigioso triunfo, y se derramaron por toda la Siria, proclamando á grandes gritos que no había otro Dios que el Dios de los cristianos.»

Es lo cierto que la lanza formaba parte del tesoro de las reliquias, existente en Constantinopla. La punta ó cúspide férrea de dicha lanza, es decir, su

¹ San Juan, cap. XIX, vers. 31-36.

² San Marcos, cap. XV, vers. 39.

³ Santiago, etc., tomo II, pág. 322.

parte más preciosa, pues es la única que estuvo en desgarrador contacto con las carnes sacratísimas del Redentor, la cedió el emperador Balduino II á San Luis, rey de Francia, en 1243, con las demás reliquias, que había dejado en prenda á los venecianos.

En 1492 el Sultán Bayaceto II, sucesor de Mahomed II, que al tomar á Constantinopla en 1453 se había apoderado también del tesoro de las reliquias, regaló la Santa Lanza al Papa Inocencio VIII, el cual salió á recibirla procesionalmente, con inaudita pompa, acompañado de todo el clero y de muchedumbre grande de fieles, el 31 de Mayo de aquel año, y por sí mismo trasladó tan preciosa reliquia desde la iglesia de Santa María del Pópulo á la de San Pedro, en donde se conserva. Sabido es que son cuatro las grandes pilastras que sostienen la cúpula grandiosa de Miguel Angel. Cada una de ellas, por la parte que mira á la Confesión de San Pedro, ostenta dos nichos, el inferior con una estatua y el superior convertido en relicario. Las estatuas representan á la Verónica enseñando la Santa Faz; á Santa Elena con la Cruz y los clavos de la Pasión, á San Longinos con la lanza, y al apóstol San Andrés. Pues bien: en los nichos superiores respectivos se guardan la Santa Faz del Salvador, impresa en el lienzo de la Verónica, reliquias de la verdadera Cruz, la Lanza y la cabeza de San Andrés. En el precioso relicario de la Lanza puede leerse la siguiente inscripción, que copio de la obra de los Sres. Fernández y Freire:

LONGINI LANCEA,
QUAM INNOCENTIUS PONT. MAX.
A BAYACET TURCARUM TYRANNO ACCEPIT,
URBANUS VIII.
STATUA APPOSITA ET SACELLO SUBSTRUCTO,
IN EXORNATUM CONDITORUM
TRANSTULIT.

A la lanza de San Longinos se refiere, por último, la siguiente leyenda anónima, escrita tal vez por algún jesuita, devoto ferviente del Sagrado Corazón de Jesús, que tomo de una revista religiosa:

«El soldado Longinos bajaba pensativo por la cuesta del Calvario, llevando al hombro la lanza con que había abierto el costado de Cristo.

«Una gota de sangre había quedado en la punta, aun roja, é iba á caer sobre el polvo del camino.

«Dios la depuró un cáliz.

«A la orilla del sendero brotó de pronto un tallo, sobre el tallo formóse un capullo, y el capullo se abrió: era una azucena blanca como los mantos de los ángeles.

«La gota de sangre cayó en la corola, y la corola volvió á cerrarse.

«Longinos no había advertido el prodigio y había seguido su camino.

«Pero uno de los arcángeles que rodeaban el Calvario se había separado de las celestiales huestes y había seguido al soldado. Prostróse y cogió la flor.

«En seguida echó á volar, y apenas entró en el cielo, plantó la bella azucena en el jardín de los ángeles.

«Cada primavera brotaba un nuevo tallo, pero el capullo no se abría. Cuatro ó cinco veces, no obstante, á través de los siglos, estuvieron á punto de abrirse los pétalos de la azucena, y aun dejaron transpirar un perfume suave... Era cuando en el mundo había almas enamoradas del Sagrado Corazón...

«El arcángel prosternado esperaba entonces que la hermosa azucena iba á abrirse, pero permanecía más y más cerrada.

«—¡Señor!—decía, haced florecer la azucena del jardín de los ángeles.

«El Señor mandó al capullo que se abriese, y un aroma embriagador inundó el paraíso, luego se inclinó la corola y la gota de sangre cayó! La gota atravesó todas las esferas celestes, las estrellas que la veían caer lanzaban todos sus rayos y la gota de sangre aparecía roja como púrpura y con cien mil bellísimos cambiantes.

«Cayó, cayó en un rincón del mundo, donde oraba en una humilde Iglesia una niña postrada con las rodillas desnudas en tierra.

«Era entre las dos elevaciones de la misa, y la niña decía unas palabras que repetía con delicia sin que atinara á comprenderlas:

«¡Oh, Dios mío! Os consagro mi pureza y os hago voto de perpetua castidad.»

«Cuando se incorporó después de la segunda elevación, vió una gota de sangre brillante como el fuego que caía sobre ella: la recogió en sus manecitas,

la llevó á sus labios, y como las flores beben el rocío, así bebió ella la gota de sangre.

«Desde entonces ardió su corazón siempre en su pecho.

«La niña era Margarita María Alacoque, y la Iglesia la del Castillo de Terreau en Borgoña.

«La devoción al Sagrado Corazón acababa de ser sembrada en el mundo con la última gota de la sangre preciosísima del Costado de Cristo atravesado en el Calvario.

«Desde entonces, la sangre de Jesucristo bebida en la Sagrada Mesa enciende en los pechos generosos la devoción al Corazón Sagrado.»

M. POLO Y PEYROLÓN.

SINE - FIDE

—¿Tú lo has visto?
—Sí.
—Pues no lo creas.



El afán de revolver papeles viejos llevó á un monomaniaco de estos que se alimentan con lo amarillo del papel, como los flacos de estómago mantienen la suya con lo rancio del vino, á un archivo de cierta casa grande, donde había almacenados legajos á centenares, solamente conocidos de alguno que otro ratón que, á falta de queso fresco, se conformaba con papel añejo.

Buscando y rebuscando un día y otro día, como si entre aquel golfo de letras y guarismos se prometiera encontrar el filón de una mina de oro, vino á dar con un curioso manuscrito, que le fué fácil adquirir, por atribuirle sus dueños escasa importancia, y fué para él como dar en el Perú de sus ambiciones; porque pasó el resto de sus cortos días tan dado á la conservación de su tesoro que no le dejó ver sino de sus propios ojos, hasta que vino á cerrarlos la muerte para siempre, y á poner aquel tesoro en un puesto del Rastro, entre otras baratijas que pregonaba á cuatro cuartos un traperero recientemente ascendido á comerciante de aquella gran espuerta de la basura de Madrid.

Rescatado por un amigo mío, vino á parar á mis manos, y viendo en él algo instructivo y provechoso para las familias que aspiran á recrearse sin daño de su inteligencia y sin riesgo de su corazón, lo destiné al periódico que mejor responde á este fin.

El manuscrito en cuestión parece escrito á fines del siglo XVII y su contenido es el siguiente:

RELACIÓN exacta, curiosa y entretenida de lo que sucedió al muy notable caballero Francisco Pérez de Astudillo en la isla y ciudad de Sine-Fide, y del fin que ésta tuvo.

PREFACIO

AL PÍO Y BENEVOLO LECTOR.

La narración que te ofrezco es fiel traslado de la historia que oí contar al protagonista de ella, y este tal vivía, no ha muchos años, en una aldea de Galicia, donde hoy gozan sus hijos del buen fruto de su enseñanza y del pingüe rendimiento de su hacienda.

Verás en este libro, si es que alguna vez me decido á darle á la estampa, y si no, en este manuscrito, como es verdad lo que algunos marineros afirman haber visto en la mar, islas que como encanto aparecen y desaparecen de un punto y no tornan á aparecer en él. Verás asimismo qué cosas permite Dios para castigo de los hombres y de los pueblos que dejan flaquear la fe, y cómo sin ella no se puede vivir. Si dices que por extravagante no das crédito á mi historia, allá te las avengas, que yo cumplo con referirla, y á tu cargo queda no desaprovecharla. — Vale.

CAPÍTULO PRIMERO

De cómo D. Francisco Pérez de Astudillo llegó á la isla de Sine-Fide, y lo que en ella vió.

Tornaba D. Francisco Pérez de Astudillo á su casa de un viaje á las Indias en uno de los mejores galeotes del Rey nuestro señor, cuando le tomó en la mar tan recia tormenta, que nunca otra igual vieron los expertos marineros que le acompañaban. Tan prietos se hallaron en medio de aquel furioso temporal, que, perdidas las esperanzas en lo humano, pusieron el pensamiento en lo divino, como es conforme á la flaca condición del hombre, que no piensa en Dios sino cuando se cree citado á com-

parecer á su presencia, y aun entonces quiere tornarse al mundo á toda costa, haciendo votos en demanda de milagros. No quiso hacerle Nuestro Señor con aquellos desdichados, que todos perecieron menos uno, que asido á un mástil llegó á tomar tierra en una costa desconocida. Era éste Don Francisco Pérez de Astudillo, caballero español de muy honrado linaje, cristiano viejo y mozo valiente, de apreciable condición y trato tan verdadero que era creído por su palabra como si fuera rey.

Una vez repuesto un poco de la congoja que trae consigo andar entre la vida y la muerte, aun á los pechos más esforzados, acabó de confortar al suyo dando á su Criador las más fervorosas gracias de haberle salvado la vida, pidiéndole con muchas lágrimas que fuera misericordioso juez con aquellos sus compañeros que acaso entonces se hallaban dándole cuenta de sus pecados. Hecho esto, se puso á discurrir por aquella solitaria costa, que le pareció triste y desabrida como ninguna otra, porque no hallaba en ella rastro de vegetación ni de cultivo, ni veía otra cosa que algunas piedras negruzcas y estériles arenales de un color ceniciento. Andando, andando, llegó á ver á larga distancia unas como chozas de pastores y algunos árboles de poca elevación. Encaminó hacia ellas sus pasos y mucho antes de llegar vió sembrados, aunque eran tan pobres y mezquinos que, lejos de recrear el ánimo, le causaban pena y abatimiento, dándole á entender cuánta debía ser la miserable condición de aquel pueblo. Llegó á él por fin, pareciéndole de cerca tan grande como una ciudad de las más razonables que había visto, en términos que, de tal la hubiera calificado á no tener en cuenta que no se destacaba ninguna señal de torre ni de atalaya, ni otra señal de edificio que mereciera este nombre, alcanzándose á ver solamente una casuca grande que sólo en su tamaño y elevación se diferenciaba de las otras.

El primer hombre que vió hubo de parecerle saltador de caminos, acreditado por la inquieta mirada y fiera catadura del semblante, no menos que por un arcabuz que desde luego enfiló hacia Don Francisco diciéndole á grandes voces:

—Pára, pára, malsín, traidor, y dime quién eres y á dónde vas ó te cuesta la vida en este instante; á cuyas voces contestó D. Francisco con sosegado ademán: «No soy malsín ni menos traidor, sino un pobre náufrago que acaba de tomar tierra en esta costa. Dineros llevo pocos conmigo, que lo más se hundió en los abismos con el galeón que me traía; pero esos daré de buena gana y no por fuerza por saber qué país es este y dónde me darán posada;» á lo cual contestó el hombre del arcabuz: «No imaginéis que os he creído una sola de vuestras palabras; pero si no venís contra mí, pasad de largo sin mirarme.» Suspenso se quedó con esta plática Don Francisco, y más que suspenso mohíno y sonrojado con pensar que tal debía ser su figura que era causa de sobresalto, cuyo pensamiento y confusión fué creciendo á medida que iba viendo otros hombres con quienes se repetía el mismo suceso, hasta que tuvo ocasión de advertir que todos iban armados del mismo modo, y que se recelaban los unos de los otros, no llegando á pasar nunca tan cerca que se pudieran tropezar, ni tan descuidados que no dejaran de ponerse en guardia, con lo cual creció de punto su admiración.

Entró en el poblado á la caída de la tarde sin lograr que nadie diese crédito á sus palabras ni le mostrara sombra de confianza. Esas casas, si así debían llamarse aquellas chozas de tierra, estaban todas cerradas, y ya de puro molido y fatigado pensaba en renunciar á toda idea de comunicación con aquellas extrañas gentes, cuando oyó que desde una ventana le chicheaba un joven, haciéndole seña con la mano para que se acercase.

Acudió gozoso al llamamiento teniendo buen cuidado de no despegar sus labios, y esta precaución le dió buen resultado, pues el joven se apresuró á decirle: —Conozco palmo á palmo toda la isla de Sine-Fide, y puedo asegurar que sois extranjero en ella. Acaso sepáis algo del arte de curar, y aun cuando no, sabréis mi desgracia, que siempre parece que las penas se dividen y disminuyen cuando se comunican. De todos modos tendréis en mi casa posada, que en otra parte os será muy difícil encontrar. Esperadme un instante que bajo á abriros la puerta. Al poco tiempo sintió D. Francisco descender llaves y cerrojos, cuya existencia no podía sospechar en tan humilde casucha y penetró en su interior.

CAPÍTULO II

En que se declaran muchas y extrañas cosas de la historia de Sine-Fide.

No era posible perderse en la singular vivienda donde D. Francisco acababa de ser introducido;

1. Lanza de Longinos, que el Sumo Pontífice Inocencio recibió de Bayaceto, sultán de los turcos, y que Urbano VIII, fabricada la imagen y hecho el oratorio, mandó colocar en el embellecido relicario.

porque se reducía á tres aposentos y un pequeño corralillo. Respecto al mueblaje se hace fácilmente su descripción diciendo que se reducía á unos cuantos cojines á usanza morisca, á una cama tendida en el suelo en un ángulo de la habitación, y á una mesa enana de tosca hechura. Esto en cuanto al estrado, que por tal debía tomarse el aposento donde era recibido el huésped, hábida consideración á que desde allí se veía como en el de la derecha que la pared estaba más próxima á la puerta de la entrada de lo que convenía para pensar que aquel cuarto pudiera ser bastante espacioso para estimarle principal.

En el de la izquierda se veía el ahumado hogar con sus naturales distintivos de sartenes, jarros y escudillas, y en el fondo una ventana al corralillo donde cacareaban unas cuantas gallinas escarbando el suelo.

— Habéis de saber, dijo á su huésped el sinefeideino, después de indicarle cortésmente á que tomara asiento en un cojín, que os encontráis en la muy noble, heroica y descreída villa y corte de Sine-Fide, antes Tierra-errante, llamada de este modo á consecuencia de estar nuestra isla, como un bajel, meciéndose en la mar, sin llegar jamás el caso de tocar en otra tierra; de suerte que, estando siempre de viaje hizo gran caudal de conocimientos, y llegó á grande altura en los pasados siglos. Quiso nuestra mala suerte que á fines del pasado arrojara una tormenta sobre nuestras costas á unos herejes que se decían luteranos, y otros no sé qué y movieron tal algarabía con sus disputas religiosas, que nos hicieron dudar de su fe, y por ahí empezamos á perder la nuestra, en términos que antes del año dimos con las iglesias en tierra, y se publicó un decreto mandando que no se hablase más de religión en Tierra-errante.

Poco tiempo después empezamos á dudar de las autoridades, y dimos con ellas en el suelo, con tanta facilidad como habíamos dado con las iglesias, y acabamos, en fin, por dudar los unos de los otros, no confiando nadie en su coleta ni en cosa alguna de las que le rodean. No falta alguna dueña que jura ser castigo de Dios lo que nos sucedía, prediciendo horribles cosas y desastres nunca vistos; pero nadie la creyó; antes al contrario, nuestros abuelos examinaron el negocio en consejo, y vieron que había un gran adelanto y notoria comodidad en no creer nada, y que este carácter constituiría uno de los más preclaros distintivos de nuestra ciudad, mediante á que no creyendo en nada se cerraba la puerta á todos los errores, y desconfiando de todo se cortaba el camino á todos los engaños y bellequerías que antaño les sofocaban.

En aquel punto se acordó mudar el nombre á la isla y á su corte, llamándola Sine-Fide¹, y desde entonces hemos adelantado tanto en la materia que no os cansaréis de ver y oír maravillas. Nuestras casas eran verdaderos alcázares, pero perdida la fe como por encanto, nadie pensó más en fiarse de los alarifes para que construyeran, temerosos de que los habían de hacer de modo que se viniese la casa al suelo tan pronto como acabasen de cobrar, y así cada cual se construyó la vivienda según mejor le parecía, perdiéndose por completo el arte, con mucho bien de la República, porque se perdieron de vista los alarifes y se allanaron las costumbres tanto como veis.

Aquí no se hace una escalera porque nadie puede tener en ella la confianza necesaria para subirla, ni se usan taburetes, ni escaños, ni tablados de cama por la misma duda que ofrecen de su resistencia y buenas condiciones para el servicio á que se les quisiera destinar.

(Se continuará.)

SAN VICENTE DE PAUL

Y LAS HIJAS DE LA CARIDAD

RECORDARLES á las presentes generaciones de cada pueblo las glorias verdaderas de sus anales, fué siempre deber que impulsó el amor de patria, y medio eficaz y adecuado para suscitar en sus hijos el culto á lo noble y bueno, con que se eleva la civilización de las naciones; que si éstas tienen civilización, es porque tienen historia, y porque en esa historia viven con esmalte perenne aquellas verdaderas glorias, que no son sino virtudes, ciencias, artes y heroicas hazañas, luz y guía á las generaciones venideras. No es mucho, pues, que así en lo antiguo como en

lo moderno se disputen villas y ciudades á las veces la honra codiciada de ser patria de santos, de sabios, de artistas y de guerreros, cuando la injuria de los tiempos ha borrado los rastros auténticos que debían señalar su lugar natal; y nadie se admira de que el declarar la patria de Homero, del Cid, de Cervantes, y de otros preclaros varones, haya sido asunto de ruda controversia y aun de ejecutorias, litigadas ante las chancillerías con el mayor empeño.

Motivo tienen los hijos de Castilla y Aragón para sostener una de esas aspiraciones de legítima gloria; no por vanidad y arrogancia, móviles propios del sentir cristiano, sino por amor á la verdad y á la justicia, y por amor también á la patria española; porque en verdad se hallan en su historia documentos que le dan títulos para considerarse cuna de la primitiva idea que dió origen á ese nermoso fruto de la doctrina cristiana que se apellida *Hijas de la Caridad*, y para juzgarse también patria de su mismo fundador, el héroe de humildad acendrada y de inextinguible caridad San Vicente de Paúl.

El viajero que, llegando á Burgos, la ilustre y antigua ciudad, cuna de héroes, mansión de reyes, madre de graves costumbres, intente conocer los principales monumentos de su pasada grandeza, é inquiera cuáles son los más importantes entre los muchos que allí se cuentan, oírá decirle: Vea usted sobre todo la Catedral, las Huelgas con su Hospital del Rey, y la Cartuja de Miraflores. Y luego procure usted ver también el palacio del Condestable, la Casa Consistorial con el arco de los restos del Cid Rodrigo Díaz y de Doña Jimena, Santa Gadea con el histórico ó legendario cerrojo de la Juia, el solar de la casa del Cid, el arco de la casa del conde Fernán González, á la falda del castillo, la tumba del Empecinado (D. Juan Martín Díaz) y algunas cosas más. Pero á nuestro intento no hace ahora el fijar nuestra consideración sino en la abadía de las Huelgas con su Hospital del Rey.

A la manera que el gran Santo y gran monarca Fernando III y su esposa Doña Beatriz fundaron la Catedral famosa, ejemplar insigne del arte gótico, cediendo al intento su propio palacio y el demás terreno que fué menester, y el rey Enrique III, *el Doliente*, á su temprana muerte declaró haber ofrecido destinar á convento religioso el bello parque de Miraflores, que él mismo había establecido y acotado, cuya voluntad cumplieron; D. Juan II entregando aquella posesión regia á la Orden de San Bruno, y su hija Doña Isabel la Católica dando impulso y remate á la fábrica del gran templo, que languidecía en el reinado de Enrique IV; así también la célebre abadía de las Huelgas fué fundada en 1180 por Don Alfonso VIII, *el de las Navas*, sobre el área de su palacio de recreo ó de huelga, en la vega de Burgos, de lo cual le vino el nombre. En sustitución de la antigua iglesia, el mismo rey San Fernando y el Obispo D. Mauricio, erigieron hacia el año de 1220 el grandioso templo actual, con su torre almenada, que domina todo el recinto de aquella verdadera plaza feudal, y en cuyas tres naves, cerradas hasta el crucero con muro y rejas de clausura, descansan en paz, en sendos enterramientos aislados, más de treinta personas reales, como formando silencioso cortejo al gran sepulcro de Alfonso VIII y de su mujer Doña Leonor, en medio de la nave del centro; á los del emperador Alfonso VIII, de Enrique I y de Sancho *el Deseado*, en la nave de la derecha, y á los de la infanta doña Berenguela, hija de San Fernando, y de Doña María de Aragón, tía de Carlos V, en la nave de la izquierda. Son las religiosas *huelgas* profesas, de la Orden cisterciense, ó de San Bernardo que reformó la de San Benito; pero las legas siguen la Orden de San Benito misma. Sus abadesas mitradas, que llevan el tratamiento de ilustrísima, ejercieron jurisdicción canónica y civil, casi tan grande como la de un Obispo feudal; dado que expedían dimisorias, nombraban capellanes, curas, prebendados y priores ó prelados de otros conventos subalternos; así como *justicias*, alcaldes mayores, regidores y otros cargos concejiles, en los cincuenta y un pueblo de su rico territorio abacial.

Otra preeminencia tuvo esta abadía. Fundado también por el monarca D. Alfonso VIII el grandioso *Hospital del Rey*, así nombrado por alusión á su fundador, y que era de los apellidos *urbis et orbis*, dotóle, como á la abadía, de rentas y condiciones favorables á su servicio. Todavía se llama la puerta primitiva (notable en arte) de este vasto asilo *Puerta de Romero*. Por sus umbrales entraban los muchos peregrinos, que de España y de fuera de ella cruzaban los campos de Castilla camino de Santiago de Compostela, ya para tomar descanso y proseguir su viaje, ya por enfermedad que en él les hubiera asaltado. Santiago de Compostela fué santuario de universal renombre, tan visitado en la Edad Media, como el Pilar de Zaragoza en Aragón

y Montserrat en Cataluña. Y para que el asilo de *romeros* ó peregrinos en Burgos tuviese estable y firme régimen, el fundador lo entregó á la abadía de las Huelgas en calidad de dependencia suya. Sus extensas, embovedadas y limpiísimas estancias, y cómodos y aseados lechos, no son su principal ventaja: tuvo una en aquellos tiempos, que en todos es muy de estimar, un intérprete de todas lenguas, para ayuda y consuelo de los extranjeros acogidos; y tuvo y tiene otra más preciosa aun, el patrocinio de una mano infatigable, solícita y bienhechora, que por amor de Dios y gracia á la luz divina del Evangelio, le diera á la asistencia de aquella casa calor de familia, y aun más si cabe, merced al santo fuego de la caridad. Acudióse primero á honradas *dueñas*, y á poco se creó un tercer brazo de la abadía, las *hermanas comendadoras* (que así son llamadas) de la Orden misma de San Benito, pero *sin clausura*; verdaderas *hermanas* de aquellos enfermos protegidos, que en noble y cariñosa confraternidad viven con ellos, y á ellos dedican la ternura de su corazón cristiano, y el asiduo cumplimiento de sus votos religiosos. ¡Con cuán especial contento, y pudiera añadirse español orgullo (si el orgullo tuviese cabida en asuntos cristianos), se llega á averiguar que esta fundación insigne del gran Alfonso VIII fué el primer hospital del mundo, en que se sabe que fuese utilizada la delicadeza y paciencia de la mujer en favor de la humanidad enferma y desvalida! Por manera que puede decirse, que, en medio de este pueblo de la católica España, en la noble ciudad de Burgos, gracias á la inspiración de reyes magnánimos é ilustres obispos, existe desde principios del siglo XIII, cuatro siglos antes que en otras naciones, el modelo en castellano de la *hija de la caridad*, llena de dulzura, de alegría, de inteligencia, de sencillez y abnegación: que tales son los caracteres distintivos de la *hermana comendadora* del Hospital del Rey: modelo que el gran San Vicente de Paúl generalizó y consagró después para toda la cristiandad en su moderno y bendecido instituto, ayudado por la generosa y expansiva condición de la Francia, y, sobre todo, por la virtud del Evangelio, que á todo bien humano le da sello y timbre de bien universal.

Pero hemos nombrado al apóstol moderno de la caridad, al que, nacido de Juan Guillermo Paúl y de Bertranda Moras, su esposa, bajo el pontificado de Gregorio XIII, en 24 de Abril de 1576, según por datos indirectos se sabe, ha llegado á ser en su persona y en las de sus dos ramas de hijos, los *Padres de la misión* y las *Hijas de la Caridad*, gloria de la Iglesia y de la humanidad entera. Y vamos á decirles á nuestros lectores lo que también sucede tocante á este gran santo.

Se le ha reputado generalmente como nacido en Ranquines, pequeña aldea del pueblo de Pouy, á tres leguas de Dax (antes Acqs), al lado allá de los Pirineos. Pero es el caso que al verificarse los trámites de su beatificación, decretada en 13 de Agosto de 1729 por Benedicto XIII, y de su canonización, promulgada por Clemente XII en 16 de Junio de 1737, no se pudo llevar al expediente formado por la congregación de Roma la partida de bautismo, la cual no se sabe que haya sido encontrada todavía en ninguna parte, y hubo de suplirse esta falta por medio de una información testifical. En los mismos relatos de la vida de San Vicente, que andan impresos, hállase confirmada la ignorancia que se tiene acerca de los primeros años y el primer origen de su existencia. Dice el P. Fr. Juan del Santísimo Sacramento, en su *Vida de San Vicente de Paúl*, escrita en castellano: «El humilde linaje de Vicente y el tiempo que ha transcurrido desde su nacimiento son causa de que ignoremos muchos acontecimientos de los primeros años de su vida.» Y bien se deja ver que, tratándose de Santo tan insigne y de nación tan expansiva y celosa de sus glorias como es la Francia, ni la humildad de la familia de aquél, que, por otra parte, en lo tocante al linaje en general no resulta comprobada, ni la fecha, en verdad no muy remota de su nacimiento (el mencionado año de 1576), hubieran sido parte á oscurecer los sucesos de su infancia, y mucho menos cuando fué tal la aureola de sus virtudes y el olor de su santidad, que, aun en vida, fué buscado requerido por magnates y príncipes, y seguido y escuchado por las gentes de cada pueblo; y muerto el día 27 de Septiembre de 1660, púsose mano al punto á tratar de sus virtudes heroicas, promoviéndose su beatificación á los pocos años. Lo cual nos dice que la causa verdadera de ignorarse los hechos de su primera edad, y de no haberse hallado todavía su partida sacramental de bautismo, no debió de ser otra que el no tener en Francia su patria natural, sino su patria adoptiva. Y en verdad que no es esta escasa gloria para la nación vecina, tanto más, cuanto que en ella encontró San Vicente sus caminos de santidad y los auxiliares eficacísimos de su caridad fervorosa é inex-

¹ Sin fe.

tinguible. Aquella corona de egregios discípulos de San Vicente en la vida espiritual vióse formada con otras tantas joyas del tesoro de glorias ilustres de la Francia. Vamos á citar algunos tan solamente; á saber:

La duquesa de Aiguillon María de Viguerod, sobrina del Cardenal de Richelieu y casada con el Sr. de Comballer, sobrino del condestable de Luines y muerto en el sitio de Montpellier, que, viuda en la flor de su edad y colmada de riquezas, hermosura y halagos, volvió á todo esto la espalda, para darse á Dios, dotar á Marsella, París y la Lorena de grandiosos establecimientos de beneficencia, y esparcir su caridad por las cuatro partes del mundo, guiada por las inspiraciones de aquel varón ejemplar. La señora Le Gras (Luisa Mariletac), casada con Le Gras (secretario de la reina María de Médicis), que fué otro portento de virtudes. Su confesor, el Obispo de Bellei, unido por estrecha amistad á San Francisco de Sales, y sabedor por éste de la ciencia y santidad de Vicente, le designó para sucesor suyo en la dirección de aquella dama ilustre que con tal guía floreció en virtudes abundantemente y fundó la «Compañía de Doncellas», y sobre tal base el glorioso instituto de las «Hijas de la Caridad», del cual, según vimos, había ya en España algún honroso preludio desde siglos antes, y de cuyas santas vírgenes, lo mismo en Burgos que en París y en todo el mundo, puede bien decirse lo que de ambos fundadores Vicente y Luisa, que han juntado en nobilísimo consorcio, para bien de la humanidad, las cristianas tareas de *Marta y de María*. Natal de Bruslard de Sillery, caballero de la Orden de Malta y comendador de ella en Troyes, personaje principal de la corte francesa, que brilló en ella y en las embajadas de Italia, España y otros países, para asociarse luego á Vicente también, y, abrazado al sacerdocio, dar larga cosecha de virtudes y buenas obras. Luis de Rochechouart de Chandénier, sobrino del Cardenal la Rochefoucauld, y sacerdote ejemplarísimo, por cuya muerte lloró Vicente, cosa en el extraordinario recordando como había crecido en virtudes á su lado en la célebre casa de San Lázaro, de París. Renato Almerás, hijo de nobles magnates de aquella corte, que, habiendo vestido en pos de brillantes estudios la toga del Consejo de Francia á los veinticinco años, la trocó á poco por el hábito sacerdotal de los PP. de la Misión, y desempeñando importantes servicios en vida de San Vicente, fué á la muerte de éste el segundo superior general de la Congregación, de humildad y caridad tan firmes, que jamás hablaba de los defectos de otro, y en treinta años de enfermedad penosa, al arreciar sus acerbos dolores, solo prorrumplía en las palabras de San Agustín, *hic ure, hic seca, hic non parcas, modo in aeternum parcas*. Antonio Portail, sacerdote de la diócesis de Arlés, el primer compañero de Vicente, que, brillando en santidad, pasó cincuenta años á su lado.

No escasa fortuna es esa, repetimos, para la nación vecina, y no poco esmalta sus ricos anales. Pero si fué ilustre patria adoptiva de Vicente de Paúl, si éste encontró en ella, por disposición de la Providencia, sus caminos de santidad y los más egregios auxiliares de su caridad incomparable, no ha querido Dios dejarle al mundo pruebas de que sea su patria natural; antes por el contrario, las tenemos, y muy vehementes, de que esa suerte le cupo á España, según vamos á verlo en lo que sigue:

Hay en el Alto Aragón, junto á la frontera pirenaica, una región importante, merced á la actividad é ingenio de sus pobladores, que en tales dotes compiten con sus comarcas los leridenses. De aquella parte caen la ciudad de Barbastro, las villas de Graus y de Tamarite y otros pueblos de valía. El historiador Pedro Aznar, ó Fray Jerónimo Azzar, que en su obra *Expulsión de los moriscos* tan largamente trató de los de Aragón, su patria, y que, como advierte Pellicer, comunicó con muchos de ellos, dice: «Que, además de los destinados para Zaragoza y Huesca estaba señalada para reina de Ribagorza la hija de Lope Alexandre, vecino de Barbastro, llamada Isabel Alexandre, moza muy hermosa, y que, entre otros apercebimientos costosos, tenía ya hecha la camisa, de tanto coste y tan rica, que indudablemente se vendió en Graus por precio de cuarenta libras (escudos); y la compraron Josefa Gil, viuda, ó Leonor Pozuelo, y la Bayuza, mujer de un tal Ezmir». Y en esa región, que figura como importante, según se ve en la expulsión de los moriscos de España, existen fuertes razones para inferir que nació el Santo insigne Vicente de Paúl, cuya partida bautismal, ni aún para su canonización, como dijimos, han podido hallar los franceses. Y tales razones las vamos á exponer una por una, aunque sea en sucinto resumen.

En primer lugar, los apellidos *Paúl* y *Moras* de los padres de San Vicente, Juan Guillermo y Ber-

tranda; no son franceses, ni en Francia se conocieron hasta que el santo los hizo ilustres y memorables. En cambio, el apellido *Paúl*, que los franceses alteran al pronunciarle, llévanle en España familias antiguas, sobre todo en varios pueblos del obispado de Barbastro en el Alto Aragón, y otro tanto, y aun más, puede decirse del apellido *Moras* ó *Mora*; hecho expresivo es éste que á toda hora pueden comprobar los que viajan por los pueblos aragoneses del Pirineo y otros de España, y por los franceses del otro lado.

En segundo lugar, es por demás notable que cuando el Papa Benedicto XIII verificó la beatificación de Vicente, en el año 1729, á los sesenta y nueve y nada más de su muerte, exigiera, como era natural, la Sagrada Congregación, que se presentara la partida de bautismo, y no fuera posible hacerlo, por más diligencias que practicaron los PP. de la Misión, muy extendidos ya entonces por toda Francia, y sobre todo en el obispado mismo de Aogs (hoy Dax), á que el pueblo de Pouy pertenecía. Y ni en tal sazón, ni después hasta hoy, que sepamos, ha aparecido razón alguna especial de no haberse hallado tan principal documento. Lo cual da á entender que no hay otra sino la de no haber nacido en aquel país. Y es de advertir asimismo, que en el proceso de aquella beatificación ninguno de los testigos examinados declaró terminantemente que el beato varón hubiese nacido en la parroquia de Pouy, sino que todos se refieren á la voz pública y á la opinión general fundada en el hecho cierto de haberse criado desde edad temprana en dicha feligresía.

Añádase ahora que, tocando á la raya de Cataluña, por la parte de Lérida, y no lejos de la de Francia, está asentada sobre el confin de Aragón la villa de Tamarite de Litera, cabeza de aquel partido judicial, y en ella existe una casa antigua que llevó el nombre de Casa Paúl hasta el año de 1684, desde cuya fecha hasta el presente se viene llamando Casa-Mola, sin duda por los cambios de personas que experimentó el dominio de aquella finca. Entre los ancianos de dicha villa se asegura ser opinión común y tradicional, que en la mencionada casa había nacido el fundador de los PP. de la Misión, San Vicente; y he aquí el modo con que explican muchos su transmigración á Francia: Hubo por los años de 1588 á 1590 (como después se ha repetido y se repite en varias ocasiones) desastres calamitosos y penuria grande en aquella región á que pertenece Tamarite, á causa de la falta de cosechas; lo cual produjo la emigración á Francia de muchas familias, entre las cuales debió de contarse la de San Vicente, cuando éste se hallaba en la edad de doce á catorce años. El hecho de la transmigración consta referido, según se afirma, en una escritura pública de aquella fecha y de aquel país; y harto sabido es que en otros puntos, también por razones semejantes, verifican con frecuencia hechos análogos en nuestros días, de lo cual testifican los menorquines y alicantinos establecidos en Argel, y los almerienses y murcianos avencinados en Orán. Ciertamente es que en los archivos de Tamarite no se hallan tampoco las partidas sacramentales de San Vicente ni de sus antepasados; pero esto logra explicación clara y perentoria, merced á otro hecho histórico harto conocido. Por lances de guerra de aquella comarca con Francia, el general tan nombrado, Mr. de Lamotte, entró á sangre y fuego en Tamarite por los años de 1642 á 1643, incendió los archivos y edificios públicos y arruinó la población; así es que los libros parroquiales más antiguos de aquella villa no alcanzan más que al año 1644, es decir, sesenta y ocho años después del nacimiento de San Vicente, y claro es que más años todavía después del casamiento de sus padres.

Corroboran las anteriores presunciones otro hecho averiguado, á saber: el haber seguido el Santo los estudios de teología en Zaragoza, cerca de cuya capital pone también algún historiador, en un pueblo de los circunvecinos, el lugar del nacimiento de su madre Bertrana Moras. El autor antes citado, después de decir que «al llegar á los doce años de edad le envió su padre á la ciudad de Dax para que pudiera dedicarse á los estudios»; que «lo encomendó al cuidado de los Franciscanos, en cuyo convento se criaban y educaban muchos mancebos»; que «el estudio era su entretenimiento, y así aprovechó tanto, que á los cuatro años llegó á ser maestro de sus compañeros»; que por los elogios tributados á Vicente «le llamó á su casa un abogado de aquella ciudad, para que les enseñase la gramática á dos hijos suyos», «continuando él sus estudios en los cinco años que duró esta ocupación»; añade que «en Septiembre de 1596 recibió las órdenes menores», sin advertir en dónde.

Pero luego agrega: «Pidió la bendición á su padre, partió para Tolosa y de allí se fué á Zaragoza,

en cuya Universidad estudió teología por espacio de siete años, y luego se graduó de bachiller. A continuación expresa que recibió las órdenes del subdiaconado en el año de 1598, y en 23 de Septiembre de 1600 se ordenó de presbítero»; siendo muy de notar la advertencia que sigue: «tanto cuidado tuvo siempre (dice el mismo autor) en guardar oculto lo que no conducía al servicio de Dios, que se ignora lo que le aconteció en esta época de su vida, pues ni del lugar ni del tiempo en que celebró su primera misa ha quedado noticia alguna.»

¡Singulares omisiones en la vida de un santo tan célebre y que en admirables virtudes floreció en tiempos que podemos llamar harto modernos! ¡No encontrarse la partida sacramental de su bautismo! ¡No saberse lo que sucedió durante los años principales de sus estudios! ¡Ni siquiera el punto ni el día en que celebró por vez primera el santo sacrificio de la misa, á la edad proveecta de veintisiete ó veintiocho años! Fuerza es convenir (como advertimos tocante á su bautismo), que si todo eso se ignora por los biógrafos principales, que son franceses, es porque no se verificó en Francia. Y si en Francia no se verificó, ni se sabe dónde se verificara, ni aun el hecho culminante de la vida, no decimos de un tan grande santo, pero aun del más sencillo sacerdote, como es la celebración de su primera misa, es porque Francia no era su patria. Y por serlo sin duda el Alto Aragón de España, y por estar del lado acá de los Pirineos el Obispo de su jurisdicción natal, y querer tal vez recibir del mismo ó de otro conterráneo del suelo aragonés su investidura sacerdotal, y por el apego que todos, y en especial los aragoneses, tienen á su patria, debemos creer que vino sin duda á ella á recibir las órdenes ó las dimisorias de origen, y á seguir los estudios de la carrera eclesiástica, á que se consagró; siguiendo después rumbo azaroso y providencial, preso por los piratas entre Marsella y Narbona, vendido como esclavo en Berbería, vuelto á Francia con su último señor y la mujer de éste, por santo influjo de Vicente convertidos, protector y consuelo de indigentes luego, luz y guía de magnates, fundador de purísimos é impecceables institutos cristianos, y claro ejemplar por doquiera de las virtudes evangélicas más heroicas y fecundas.

Pero avancemos más todavía. En Cregenzán, pueblo cercano á la ciudad de Barbastro y de su obispado, existe otra casa llamada *de Paúl*, de la que juzgase probable que descendiera la de Tamarite; y en la sala principal de esa casa de Cregenzán, desde tiempo inmemorial, se conserva un cuadro de pintura bastante antigua, que representa á San Vicente de Paúl. Por tradición perenne de padres á hijos se le llama en la casa á este cuadro *el retrato del tío*, mirándosele como un recuerdo venerando de familia; y, á mayor abundamiento, sábese que en dicho pueblo, como después veremos, cuando se celebraron las fiestas de la beatificación, y luego las de la canonización del gran santo, la casa citada de Cregenzán tuvo á gloria el celebrar también por su parte con especial esmero y regocijo el fausto suceso, como perteneciente á un varón santo de su familia, en esto afortunada. Y tan firme y constante ha sido semejante tradición, que, á principios de este propio siglo, un religioso, descendiente de esa casa por parte de su madre, Fray Bartolomé Altemir, fué nombrado calificador del Santo Oficio, y habiendo pedido antes el tribunal del mismo, como era natural, informes de su familia, los evacuaron dos canónigos de la Catedral de Barbastro, los Sres. Fumanal y Peralta. En ellos afirmaron que entre los antecesores del religioso mencionado se contaba el gran Santo Vicente de Paúl, y que, á pesar de que la opinión común lo daba por francés, á causa de haberse criado y haber muerto en Francia, era constante que pertenecía á la antes mentada familia del obispado de Barbastro. Igual dictamen emitió resueltamente el P. Pedro Cabrera, de la Compañía de Jesús, natural de la villa citada de Tamarite de Litera.

Y la opinión resuelta del P. Cabrera tiene en su apoyo razones especiales de no escasa valía. Dicho Padre vivió hartos años en el colegio de San Carlos (hoy seminario sacerdotal) que tuvo la Compañía en Zaragoza hasta su extinción á fines del siglo pasado. En dicho colegio se asegura que vivió también el Santo en calidad de familiar durante los años en que estudió la teología en la Universidad de aquella capital; y los Padres de la comunidad del mismo, que debían de saber su origen por tradición muy reciente, cuando vieron en el rezo señalado para San Vicente los para ellos inesperados vocablos *Vincentius natione gallus*, encontráronse sorprendidos, y no vacilaron enviar un Padre de la misma Compañía á Tamarite, comisionado especialmente para sacar testimoniada de su archivo parroquial la partida de bautismo, á fin de probar con ella el error

de aquellas palabras del nuevo rezo. El sacerdote comisionado de la Compañía de Jesús fué á parar á la casa distinguida de Cariello, en la nombrada villa, y allí manifestó el encargo que le llevaba; pero al evacuarle halló que los libros parroquiales no pasaban más arriba del año 1644, por causa de las guerras y desastres, que anteriormente hemos explicado. De tales antecedentes, que no debió de ignorar sin duda, sacaría el Padre Cabrera la convicción rotunda que expresa de ser español y aragonés San Vicente.

Todavía tenemos que añadir otra autoridad en el asunto interesante que nos ocupa. El P. Maestro Fr. Antolín Merino, sabio historiador y religioso de la Orden de San Agustín, que vivió y murió en el convento de San Felipe el Real de Madrid, y fué continuador de *La España Sagrada*, del P. Maestro Fray Enrique Florez, de la misma Orden, antes de serlo también nuestro erudito contemporáneo el aragonés D. Vicente de la Fuente, profesó y manifestó siempre la opinión misma de los canónigos informantes de la Catedral de Barbastro y de los Padres de la Compañía de Jesús residentes en el célebre colegio de San Carlos de Zaragoza.

Y por remate de tantas, y á nuestro ver tan atendibles razones como son las expuestas, queremos que el lector conozca, íntegra y cabal, la carta notable que en 2 de Diciembre de 1830 le escribió desde Alcalá el mismo Padre Fr. Bartolomé Altemir, antes citado, hijo de la propia casa de Cregenzán, que arriba mentamos, á un Sr. Feu, su amigo, que habíale pedido noticias de este asunto de que estamos tratando, después de haber buscado y leído en París documentos estimables tocante á la vida del Santo. Dice así el P. Altemir:

"Alcalá 2 Diciembre 1830.

"Mi dueño y amigo señor Feu: He tenido placer con la de usted, y más al ver que la pícara gota tiene sus intervalos. Yo he estado malo de más á menor desde el Junio último; pero en el día me hallo completamente restablecido.

"Mucho me alegro de la buena ocasión que se le ofreció en París para leer documentos tan apreciables relativos á la vida de nuestro santo, como los que me menciona. Los que yo puedo ofrecerle con toda seguridad son los siguientes:

"En primer lugar. La familia de Paül en Aragón es tan antigua, que por los años 1560 (200 antes del fallecimiento de San Vicente) nació el P. Maestro Fr. Pedro Juan Paül, dominicano, que después fué inquisidor general de Aragón. Que éste fuese de la familia lo testifica el retrato hermoso de medio cuerpo que está en casa de mi madre, en Cregenzán, colateral al de San Vicente.

"Respecto á nuestro santo, pregunté expresamente á mi señora madre varias veces qué es lo que había oído á mi abuelo y su padre, y me dijo constantemente que siempre oyó era reputado por de la familia, y tenido, y aun nombrado á las veces por tío. Advierto que mi madre nació el año 1747 y mi abuelo el de 1696 (treinta y seis después de la muerte del santo).

"También hice la misma pregunta que á mi madre á mi señor tío el Dr. D. Juan Paül, rector del lugar de Guardia, el que nació por los años 1729, y me dijo lo mismo, añadiendo que en su casa paterna, que es la de mi abuelo materno, se hicieron grandes fiestas en la beatificación del santo, en cuyo tiempo nació el dicho, y también en la canonización, en el que era muchacho. Ya sabe usted que la primera fué año 1729 por Benedicto XIII, y la segunda en 1737 por Clemente XII.

"Respecto al retrato de nuestro santo, está en

casa de mi abuelo materno, en la sala principal, á la derecha, como llevo dicho, del padre maestro dominicano; es de medio cuerpo, sin más inscripción que «San Vicente de Paül, fundador de la Congregación de la Misión» y no sé si añade «é Hijos de la Caridad». Me inclino á que sí; pero esto y todo lo demás que llevo apuntado se puede rectificar con toda formalidad. — Debo añadir que tanto mi madre como mi tío han conocido el cuadro en el mismo lugar, y que no sabían quién le hubiese colocado allí, de lo que se infiere que sería lo menos mi bisabuelo, que si no alcanzó al santo, le faltaría poco, y esto se averiguaría presto por la misma partida de bautismo. — El tal retrato, en mi concepto, es originalísimo, según los muchísimos que he visto aquí y en Francia.

"El que trate de las notas debe tener presente que las historias del santo (al menos las que yo he visto) le traen de un nacimiento oscuro, y la casa de Paül de que vamos hablando está tenuta por noble con

cido sus gloriosas ascendientes. Cuenta entre estos al Rdo. P. Fr. Juan de Paül, dominicano, inquisidor general que fué de la Corona de Aragón, y «al grande de San Vicente de Paül, que aunque la común opinión le hace francés, es constante que salió de esta familia, y así lo publica la no interrumpida tradición, y el testimonio de los hombres grandes que en aquella época tenía nuestro Reino.»

"Es cuanto puedo decir á usted en orden á nuestro asunto. En lo demás, ya sabe usted que es y será siempre suyo su más atento seguro servidor y Capellán Q. B. S. M.

"FR. BARTOLOMÉ ALTEMIR."

Ocioso nos parece advertir, que el ser noble el linaje de Paül y pobres los padres de San Vicente nada implica en nuestro asunto, pues esas tristes concomitancias son la historia cotidiana de la humanidad en todas partes.

Después de leído el claro y autorizado contexto de la anterior carta, y de bien examinadas las razones que anteriormente á ella hemos compilado, parece cuando menos cierto, que hay derecho á pretender y esperar que el punto se dilucide con esmero suficiente, y se llegue á tropezar con algún vestigio claro ó eficaz documento, que dirima las dudas legítimas que hoy existen acerca de la patria de San Vicente. Así sucedió, después de empeñada controversia, con la patria de Cervantes, asignándose al cabo el honor de serlo á la ciudad de Alcalá, merced al prolijo estudio de los expedientes de la redención de cautivos, en los cuales constaba dónde había nacido el *cautivo y redimido Miguel, gloria de las letras*. Votos hacemos por que otro tanto suceda tocante al egregio varón, *gloria de la humanidad*, á quien van consagradas estas páginas modestas.

Sirvan de proemio y estímulo á investigaciones sucesivas más serias y profundas; y quienquiera que sea el afortunado que llegue á descubrir la prueba concluyente para lograr sentencia justa en este litigio, reciba de antemano nuestros parabienes.

Entre tanto, hemos presentado razones bastantes, á nuestro ver, para probar que España, fecunda en glorias de todo linaje, puede por hoy, sin injusticia, *considerarse cuna* de la primitiva idea y ensayo del hermoso instituto de las *Hijas de la Caridad*, y juzgarse también *patria* del héroe de humildad acendrada y de inextinguible caridad *San Vicente de Paül*.

Madrid 10 de Julio de 1887.

(De *La Controversia*.)



JESUCRISTO MUERTO

(Cuadro de Alonso Cano.)

las armas en la puerta y en la capilla de¹ Pilar que hay en la iglesia de Cregenzán, que es de la casa. Además, tengo yo la ejecutoria impresa, fechada en Barbastro en 1702, y allí ya salen, además de mi abuelo D. Juan Francisco Paül (que era á la sazón menor), Juan Paül, primero, segundo y tercero del mismo nombre, todos los cuales tuvieron bastante familia, y acaso alguno de ellos se trasladase á Francia. Me ocurre, y no sé qué misterio pueda tener, el que mi tío el rector de Guardia, D. Juan Paül de que ya he hablado, se graduó de doctor en Tolosa de Francia.

"En las pruebas que me hicieron para calificador los Sres. Fumanal y Peralta, dicen así al tribunal en el informe último: «La familia de Paül, de quien descende por línea materna el P. Fr. Bartolomé Altemir, ha sido siempre, y lo es en el día, reputada por piadosísima, y además por nobilísima y muy antigua; tiene las armas en la puerta de casa: y está llena de timbres por lo mucho que la han ennoblecido

LA IDEA DE DIOS

Al contemplar á la Naturaleza despertando del melancólico sueño de la noche, viendo dibujarse la rosada aurora por Oriente mientras la oscuridad recoge los pliegues de su negro manto, hasta el momento en que se hace necesario nuevo descanso á los mortales; cuando al tenue resplandor del crepúsculo matutino, los alados moradores de la selva entonan sus armoniosos cánticos, y parece que el rumor del vecino río es más alegre, y sus cristalinas aguas marchan con más presteza, y vése levantarse por detrás de la lejana cadena de montañas el astro rey, y á través de las últimas nieblas de la noche se ven los irisados colores del iris, entonces el alma del que este espectáculo contempla se eleva á los últimos confines de la abstracción, y de aquel bellísimo pai-



COLEGIO DE LA ASUNCIÓN EN SAN SEBASTIÁN.



CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE LA VILLA DE ÁGREDA.

saje que le rodea se remonta en alas de la inducción hacia la causa suprema que nuestros destinos preside, hacia la causa eficiente de todo lo creado.

¿Quién sino una causa superior ha podido con magistral inteligencia trazar esas inmensas órbitas que recorren los astros en el infinito, y en donde con admirable mecanismo y obedeciendo á la ley de la gravitación universal, unos mundos sustentan á otros mundos y todos giran armoniosamente?

En buen hora Laplace y sus secuaces planteen el problema del génesis del universo, prescindiendo en absoluto de toda intervención divina, porque de esa misma teoría los que somos creyentes recogemos preciosos argumentos para combatir el génesis espontáneo.

Habla Laplace de moléculas de una nebulosa irresoluble, moléculas dotadas de vivísimo movimiento rotatorio; pues bien: ¿cómo existía ese movimiento en la materia que según reconocen los físicos es inerte? ¿Quién ó qué fué causa de aquella fuerza que se convirtió en movimiento?

¿Acaso en esa misteriosa arquitectura del mundo de los átomos encontraremos á éstos dotados de esa fuerza?

Y teniendo en cuenta que todo en el universo marcha *propter finem*, bien sea *sensitive*, *intellective* ó *directive*, no tenemos más que reconocer que para algo hemos nacido, que hemos venido á este mundo á realizar un destino que desconocemos, que todas nuestras aspiraciones, todas nuestras tendencias, vienen á resumirse en una gran idea superior, única que todo lo abarca, que todo lo eleva, esta idea sublime es la de la Divinidad, respetada y adorada en todas las naciones de la tierra y cantada por los vates en todas las lenguas del globo.

Ella ha prendido en viva y fulgurante llama las imaginaciones de Constantino, de San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Isidoro y tantos ilustres doctores de la Iglesia, é hizo irrefutables sus argumentos é incontrovertibles sus teorías; ella hizo que la palabra de verdad y amor prendiera en todos los corazones, y ella en fin hizo suaves las áridas llanuras de la Palestina, en donde con el corazón y el pensamiento en Dios y la lanza dirigida al mahometano, los cruzados realizaron grandiosas hazañas que después fueron cantadas por los bardos y aplaudidas por la cristiandad!

Ella inflamó en santa ira el corazón de Pedro el Ermitaño; ella hizo vibrar el acero de Ricardo Corazón de León y de Federico II Barbarroja, que en busca de los divinos reinos no tuvieron inconveniente en abandonar los terrenales, y ella en fin hizo irresistible el esfuerzo de Godofredo de Bouillon, duque de Brabante, ante cuyo paso abriéronse los muros de Jerusalén.

Por eso, cuando al hablar de Dios veo dibujarse excéptica sonrisa en alguno de los que me escuchan, no puedo contener un movimiento de piedad hacia él, porque esa sonrisa es el lamento terrible de un alma enferma que ve en la vida un inmenso páramo por el que marcha sin rumbo ni esperanza y sin que el bálsamo consolador de la religión venga á cicatrizar las heridas que se reciben en las constantes luchas de la vida.

J. MUÑOZ ESCÁMEZ.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

(PARÁBOLA.)

El reino de los cielos se parece al hombre que en el campo siembra trigo, y llegando su pérfido enemigo echa en medio cizaña y desaparece.

Creció más tarde el trigo, y en tributo dió ricos granos en espigas de oro, y la cizaña audaz, por su desdoro, sólo brindó la muerte como fruto.

Del labrador los fieles servidores la hierba al sorprender, que tanto daña, arrancar pretendieron la cizaña, y el trigo proteger de sus rigores.

Pero se opone el labrador y arguye: — "Reparad que pudierais fácilmente coger á un tiempo el trigo floreciente y la planta fatal que lo destruye.

— Crezcan en libertad ambas ahora, y de la siega la ocasión llegada pondremos con cuidado separada de la planta que es útil la traidora.

„ La cizaña, en manojos recogida, arda al punto hasta el átomo postrero; mas consérvase el trigo en el granero, que si aquella es la muerte el trigo es vida. „

Ejemplo la parábola sublime ofrece, como norma para el alma; recibe la virtud egregia palma y en castigo á la culpa, el vicio gime.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS



os que viajan por Francia habrán encontrado muchas veces en París y en las grandes capitales de provincia una escuela de niños que pasean de dos en dos, seguidos por un vigilante de continente grave y solemne. Los jóvenes no se diferencian de los demás estudiantes, sino por su excelente aspecto y la corrección de su marcha. Van probablemente á la Iglesia ó á paseo, y si les seguís con la vista, notaréis que entre sus filas reina siempre el mayor orden. El que les dirige no es seguramente un maestro ordinario.

Es de presumir que los lectores del presente artículo no conocerán á fondo la historia ni los principios de la notable institución conocida bajo el nombre de *Escuelas Cristianas*, así como tampoco la vida de su eminente fundador. El autor de este escrito se propone dar algunas interesantes noticias sobre este punto. Juan Bautista de la Salle nació en Reims en 1651: descendía de una noble familia de Bearn establecida en Champagne.

Desde su más tierna infancia, el joven de la Salle demostró tendencias piadosas. Aprendió de su religioso abuelo á recitar el breviario, y continuó esta piadosa práctica, aun antes de estar obligado á ello por sus votos de ordenación. Bien pronto comprendió, lo mismo que los que le rodeaban, que su vocación le llamaba al sacerdocio. Su conducta en la Universidad de Reims, donde entró desde la edad de ocho años, se distinguió por una gran aplicación en el estudio y una docilidad extraordinaria.

Antes de cumplir 16 años, fué canónigo de la Catedral. Un pariente anciano resignó sus funciones en su favor, y murió al año siguiente. Después de esta prematura elevación, no varió el modo de pensar del joven dignatario; la miró, por el contrario, como un llamamiento del cielo hacia las virtudes cristianas. Asiduo en los oficios del coro, diligente en el estudio como en la oración, fué, á pesar de su edad, un canónigo modelo.

En Octubre de 1670 entró en el seminario de San Sulpicio de París, donde tuvo por condiscípulo al ilustre Fenelon.

Su vida de seminarista ha dejado pocos recuerdos especiales de la Salle, fuera de su dulzura, su modestia y su conducta irreprochable.

Habiendo perdido á su padre, volvió á Reims en 1672, y allí hubo de tomar á su cargo á sus hermanos y hermanas. Las responsabilidades de esta situación pudieron apartarle del sacerdocio; pero los consejos de un esclarecido amigo disiparon las dudas que había concebido sobre este punto en su vocación, y en el mismo año obtuvo el subdiaconado.

Vinieron en seguida seis años de retro y vida de familia, durante los cuales hizo los estudios de Teología en la Universidad, y se consagró á la educación de sus hermanos y hermanas, sin descuidar la oración y las buenas obras. En 1678 fué ordenado de presbítero.

Durante todo este tiempo, la atención de Juan de la Salle no parecía haber sido dirigida hacia lo que constituyó últimamente la gran obra de su vida.

Como sucede muy frecuentemente, las aspiraciones finales de su vida fueron determinadas por las circunstancias. El amigo que le había aconsejado en sus dudas sobre las órdenes sagradas era un Canónigo llamado Roland, el cual se interesaba mucho por un asilo de muchachos huérfanos establecido en Reims, establecimiento mal dirigido y que reclamaba una urgente reforma. El Canónigo Roland cayó enfermo en el momento mismo de la ordenación de Juan de la Salle, y poco tiempo después, al morir, nombró al joven sacerdote su ejecutor testamentario, con recomendación expresa de ocuparse en el asilo. La Salle no podía resignar el cargo. No respondía, es cierto, á sus gustos, pero además de ser el legado de un amigo, veía allí una orden del cielo, y se lanzó resueltamente á la tarea. Por mediación del arzobispo, obtuvo del rey cartas patentes que, reconociendo la institución, hacían de ella una

fundación duradera. No contento con subvenir á todos los gastos de la instancia, dotó al establecimiento con sus propios fondos, y habiendo cumplido de esta manera la voluntad de su difunto amigo, volvió tranquilamente á su vida devota. Todo induce á creer que, en su pensamiento, el asilo en cuestión contenía el germen de una buena escuela de institutrices.

El momento decisivo de la Salle se señaló con una curiosa aventura. Había en Rouen una opulenta dama muy disipada, natural de Reims, que, como el mal rico de la parábola evangélica, vestía lujosamente, y se daba el mejor trato, mientras que Lázaro yacía á su puerta. Un día un pobre mendigo, cruelmente rechazado por ella, tocó por su miseria el corazón de un criado que le dió asilo en la cuadra. El infortunado mendigo murió allí aquella misma noche, y era necesario enterrarle. El criado confesó la falta á su ama, lo que le valió violentas censuras y su despedida de la casa; pero no sin que la dama diera un paño para envolver el cuerpo del muerto. Después, al sentarse á la mesa para comer, encontró aquel mismo paño doblado sobre su silla. Una mano misteriosa había devuelto aquella limosna hecha de mala gana, como si el mendigo no hubiese querido deber nada, ni aun después de muerto, á la que había encontrado sin piedad durante su vida.

Este acontecimiento, tan poco considerable en apariencia, hizo gran impresión sobre la dama, y cambió el curso de su destino. Abandonó sus costumbres de magnificencia y de disipación, se hizo muy piadosa, y se separó de sus amigos, que la creyeron loca. La muerte de su marido acabó su conversión, y desde entonces la mayor parte de sus rentas fué para los pobres.

Entre otras obras de caridad, socorrió el asilo de Reims, del que había oído hablar como fundado por el canónigo Roland y sostenido después de su muerte por el canónigo de la Salle, y concibió la idea de establecer en su ciudad natal una casa parecida para los muchachos. Escogió para ejecutar este deseo á un hombre piadoso llamado Nyel; le dió una carta de recomendación para el abate de la Salle, y le envió á Reims con encargo de abrir allí una escuela de niños.

Aquella escuela, establecida en 1679, fué el germen del gran sistema de las *Escuelas cristianas*.

Su éxito indujo á otra señora de la misma población á fundar otra análoga en distinto barrio: consultó antes al abate de la Salle, que era el protector de la primera escuela, y así fué como el piadoso abate se encontró sin ninguna intención preconcebida, pero no contra su gusto, ocupado en la obra de la educación de los niños pobres. Así lo declara en uno de sus escritos, y añade:

„ Varios amigos de Mr. Roland me habían ya hablado de este punto; pero yo no me sentía del todo decidido. Si hubiera previsto alguna vez que los cuidados que tomaba de los maestros de escuela por pura caridad me llevarían á mirar como un deber el vivir con ellos, habría renunciado en seguida á todo; porque, juzgándome por encima de los que yo empleaba como maestros, sobre todo en los principios, la idea de vivir con tales personas me hubiera sido insostenible.

„ También me fué muy penoso tenerlos en mi casa. Esta repugnancia duró dos años. Dios, que todo lo dispone con su sabiduría, y que no fuerza las inclinaciones de los hombres, cuando quiso emplearme enteramente en el cuidado de las escuelas, lo hizo paulatinamente y á la larga, de manera que un compromiso originase otro de manera imprevista.

La obra de las escuelas destinadas á los pobres aumentó en manos de la Salle de una manera maravillosa. El éxito de las que él visitaba y dirigía hizo que se establecieran otras, y los maestros mismos constituyeron una pequeña corporación que él necesitaba dirigir. Alquiló una casa para ellos y la dotó con un reglamento, pero no todo eran facilidades.

Los oficios de la catedral reclamaban mucho tiempo, eran de primera necesidad, y dejaban poco lugar para el cuidado de los maestros. Además, la diferencia de clase y de costumbres entre un Canónigo bien retribuido, que disfrutaba además de una fortuna propia, y los pobres maestros de escuela nacidos en más humilde esfera y que vivían modestísimamente, complicaba la dificultad. El santo abate acabó por comprender que la gran empresa de crear escuelas y maestros para la instrucción gratuita de la clase pobre no podía salir bien más que con un fundador como él mismo y enteramente pobre.

En consecuencia resolvió abandonar su canonjía y distribuir toda su fortuna entre los pobres. No fué esto tan fácil como podría creerse. Sus amigos combatieron esta medida con todas sus fuerzas; el arzo-

bispo, por otra parte, rehusaba aceptar su dimisión. Una inquebrantable perseverancia podía solamente triunfar de estos obstáculos. Juan de la Salle estaba dotado esencialmente de esta cualidad, y en 1683 pudo llevar a cabo su resolución, resignando su título y sus funciones de canónigo. La renta de sus bienes y distribución de su producto entre los pobres era cosa más fácil, si se recuerda sobre todo que el año 1684 fué un año de escasez. Ambas operaciones se realizaron en el curso del año siguiente.

El hecho de empobrecerse, en lugar de consagrar su fortuna a su gran obra, parecerá de una prudencia dudosa; pero es difícil censurar a un hombre que se arruina en favor de los desgraciados después de haber dirigido al Criador la siguiente súplica:

«¡Dios mío! No sé si debo dotar ó no mi obra, ni si me corresponde á mi fundar comunidades, ni saber si deben ser fundadas. Vos, ¡Dios mío! sois quien debe indicarlo. Si las fundáis, estarán bien fundadas. Si no las fundáis, se quedarán sin fundar. Os suplico, ¡oh Dios mío! que me hagáis conocer vuestra voluntad.»

Poco tiempo después de haber gastado su última moneda, Juan de la Salle tuvo ocasión de emprender un viaje para su obra.

Marchó á pie y pidió limosna por el camino. Una anciana le dió un pedazo de pan negro, que él mordió con verdadero gozo, sintiéndose realmente pobre.

La sociedad de hermanos de las escuelas cristianas estaba virtualmente fundada, con Juan Bautista de la Salle por jefe. Dirijamos una mirada sobre esta gran obra.

Si se considera en primer término á su fundador, se verá que su vida era toda de ascetismo y de oraciones. Oraba por el día y por la noche, y también á menudo rehusaba el descanso. Frecuentemente dormía sobre la silla. La campana matinal le despertaba todos los días el primero. En Reims pasaba regularmente la noche del viernes en la iglesia de *Saint Remi*; se hacía encerrar por el sacristán, y allí esparcía su alma en oraciones, á fin de obtener para su obra las luces y los socorros del cielo.

El superior y los hermanos vivían necesariamente en comunidad. Habiendo querido ponerse al nivel de los que trabajaban bajo su dirección, habiendo sacrificado á aquel objeto su canonicato y su fortuna, el superior no podía pedir á los hermanos lo que no hiciese ó soportase él mismo. El esfuerzo, sin embargo, era mayor para él que para los demás. Nacidos éstos en la pobreza, estaban acostumbrados á trabajos rudos y á la vida frugal, mientras que él, criado en la abundancia, no había conocido jamás las privaciones; por esto le costó más trabajo acostumbrarse á la nueva vida. Afortunadamente, era un hombre enérgico, enemigo de los términos medios, y auxiliado por el favor divino, dió y ganó la batalla.

He aquí cuáles fueron las primeras reglas de la Sociedad.

Alimento nutritivo, pero frugal; apropiado á una vida laboriosa; nada costoso, pero sí lo necesario: nada tampoco de rigores especiales de ayuno ó de abstinencia, fuera de los preceptuados por la religión.

Para vestido, un grueso capote de paño negro, casaca negra, gruesos zapatos y sombrero de alas anchas.

El nombre de los nuevos congregantes fué el de *Hermanos de las Escuelas Cristianas*.

Fuó obligatorio que hicieran los votos de pobreza, castidad y obediencia, para tres años solamente.

A partir del cuarto año, podían renovar sus votos á perpetuidad.

El superior no necesitó esforzarse en cumplir estos votos, puesto que no poseía más que un Nuevo Testamento, una Imitación, un crucifijo y un rosario. Había hecho ya voto de celibato. En cuanto á la obediencia, era menos fácil en su posición; pero encontró el medio de hacer este voto práctico, resignando su puesto y haciendo que le ocupase un hermano, aunque por poco tiempo. La imaginación del lector suplirá aquí lo que nosotros llamamos; podrá figurarse los progresos de la obra comenzada bajo tan dichosos auspicios, la reputación de santidad adquirida por el abate de la Salle, y carga creciente de responsabilidades de todas clases que se acumuló sobre sus hombros.

En el año 1688 la obra se extendió hasta París. Cuando Juan de la Salle llegó allí, dejaba en Reims un edificio central, conteniendo diez y seis hermanos, y una escuela de institutores que contaba treinta individuos sin contar quince jóvenes novicios. Edificó en la ciudad de Vaugirard una casa que ocupó durante siete años. Allí era donde reunía á los hermanos en tiempo de vacaciones, allí donde los enfermos recibían los cuidados necesarios, y donde los postulantes hacían su noviciado.

No le seguiremos durante este período, sino para decir que su obra progresó rápidamente, venciendo numerosos obstáculos, y para citar un documento de gran interés que se refiere al susodicho período. En su deseo de unirse los hermanos de una manera definitiva, aspiraban á pronunciar votos perpetuos en lugar de limitarlos á tres años. El superior no aprobaba esta innovación. Después debió inclinarse ante la firme resolución de sus subordinados, é inauguró el nuevo orden de cosas, componiendo la fórmula siguiente, por la cual se consagraba él mismo solemnemente á su obra:

«Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo: prosternado ante vuestra Divina Majestad, me consagro por completo á vos, para buscar la gloria por todos los caminos posibles y á donde vos me llaméis. A este fin, yo, Juan Bautista de la Salle, presbítero, prometo y hago voto de unirme y asociarme con los hermanos (siguen doce nombres), y en unión y asociación con ellos, sostener escuelas gratuitas en cualesquiera lugares, aunque tenga para ello que mendigar y no alimentarme más que de pan, y hacer en la susodicha asociación toda reforma que me fuere indicada, bien por la comunidad, bien por el superior que tenga la dirección. Con este motivo prometo y juro obediencia, tanto á la comunidad, como á su director. Juro ser fiel toda mi vida á estos votos de asociación y de obediencia. En fe de lo cual he firmado.—Fecho en Vaugirard, 16 de Junio, fiesta de la Trinidad, de 1694.»

Después de este acto de consagración, Juan de la Salle quiso dimitir el cargo de director, pero en vano. Sus argumentos no convencieron á los hermanos. Propuso una elección y tuvo unanimidad de votos. Una segunda votación pedida por él dió el mismo resultado. Los hermanos decían que habría tiempo de reemplazarle cuando no existiera. Permaneció, pues, en su puesto de superior, donde los hermanos tuvieron razón en sostenerle.

Una ligera mirada ahora sobre el reglamento definitivo dado á la sociedad.

El primer artículo se resume en esto:

«El instituto de Hermanos de las Escuelas cristianas es una sociedad cuyos miembros hacen profesión de dar á los niños educación gratuita y cristiana.»

Las escuelas debían, pues, ser en primer lugar gratuitas, y en segundo lugar esencial y fundamentalmente cristianas. La intención del fundador no era, á pesar de ello, consagrarles únicamente á la educación religiosa, excluyendo los estudios ordinarios: la mayor parte del tiempo, por el contrario, debía dedicarse á la enseñanza secolar.

He aquí otro artículo de la regla:

«Los hermanos de la Sociedad reverenciarán profundamente las santas Escrituras: en señal de lo cual siempre llevarán consigo un ejemplar del Nuevo Testamento, y no pasarán ningún día sin leer algún trozo. Mirarán esto como su primera y principal regla.»

Y más adelante:

«El espíritu del Instituto es un celo ardiente por la instrucción de los niños, á fin de que sean educados en el temor y el amor de Dios, y que puedan conservar su inocencia cuando no la hayan perdido. Preservarles del pecado é inculcar en sus almas el horror al mal, tal es el deber de los hermanos.»

(Se concluirá.)

EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

PUBLICAMOS en nuestro último número una breve reseña de las fiestas celebradas en Santiago con ocasión de las del Santo Apóstol, incluyendo el texto de la Invocación dirigida al mismo por D. José Escrig y Font, Gobernador civil de la Coruña, al presentar la tradicional ofrenda en nombre del Rey D. Alfonso XIII y por delegación de la Reina Regente Doña María Cristina.

La contestación del sabio Doctor D. Ramón Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, celebrante, como dijimos, por indisposición del Rmo. Sr. Arzobispo, fué la que á continuación copiamos:

«Ilmo. Sr. Gobernador: Es para mí, que en el año pasado me postré en este sitio en calidad de oferente en nombre de SS. MM. CC.; es para mí, repito, un honor el recibir en este día vuestra ofrenda, impedido como se halla para hacerlo nuestro Rmo. Metropolitano. Y es también una satisfacción grande la que me ha causado la sentida plegaria que habéis dirigido al Santo Apóstol, Patrón de España, pagándole en nombre de la Nación y de sus Reyes el pleito homenaje de devoción y de

amor, que todos le debemos en agradecimiento de insignes beneficios y en cumplimiento de pactada promesa. Aquí aparece, Ilmo. Sr., la España católica, tradicional y verdadera; aquella España, llena de fe, que siempre acudía á Dios en días de amargura y de tribulación, y que de Dios recibía el auxilio demandado.

«Anunciando el Señor por boca de su profeta Zacarías los caracteres que distinguirían á los pueblos redimidos por Cristo, y las bendiciones que sobre ellos el Cielo derramaría, dice que serán pueblos dotados de espíritu de oración, y que harán votos, y cumplirán los votos hechos. Tal es la España de los siglos medios, y tal el acontecimiento memorable que rememramos en la ceremonia augusta de este día. El Rey católico Ramiro invoca al Dios de los ejércitos, al verse enfrente de las huestes de Abderramán, rey moro de Córdoba; Dios protege á sus fieles por medio del Apóstol Santiago, otorgándoles la brillante é inolvidable victoria de Clavijo; y la nación reconocida ofrece al Señor en honor del Patrón de las Españas el voto de presentarle anualmente las primicias de los frutos de la tierra. ¡Feliz la España, mientras cumpla fielmente el pacto hecho con el Señor!

«Porque, Ilmo. Sr., es un oráculo del Espíritu Santo: *Ruina est homini devorare sanctos et post vota retractare*. La perdición y la desgracia de los hombres y de los pueblos siguen siempre al quebrantamiento de los votos hechos.

«Y este pensamiento, Ilmo. Sr., explica indudablemente las desgracias que hoy lamentamos, y los lastimeros ayes que por doquier se escuchan. Porque ¿á qué ocultarlo? á todos los hombres pensadores preocupa la idea de que la humanidad vive inquieta y desconcertada: de que en los pueblos como en los individuos hay momentos críticos de tristeza y de dolor; y de que nosotros tenemos el triste y poco envidiable privilegio de atravesar una de esas épocas aciagas.

«La sociedad padece, se dice por todas partes. Pero, ¿por qué padece? ¿No ha ensanchado progresivamente el horizonte de sus goces y comodidades? Por ventura ¿no es hoy la vida más dulce y más fácil? O para hablar en lenguaje moderno, ¿no poseemos abundantes capitales, manufacturas inagotables, fábricas sin número, sociedades en comanditas, cajas de ahorros, redes de ferrocarriles y transportes de vapor? ¿Por qué, pues, padece la sociedad? ¿De dónde procede esa melancolía general que se apodera de las naciones, á pesar de la calma y de la paz material de que disfrutamos y á pesar del progreso de la instrucción, de los descubrimientos de las ciencias y de la fecundidad de la industria?

«Las opiniones son divergentes, y pocos hay que, aunque tengan convicciones, tengan valor suficiente para confesar á la faz del mundo, que éste languidece, porque deja languidecer la fe, que es el alma de la sociedad; porque se aparta de Dios, que es la fuente de la felicidad de los pueblos. Y es indudable, Ilmo. Sr., que sin creencia práctica en la intervención de Dios en la humana sociedad, es ésta insostenible, porque sólo Dios es el principio de toda autoridad, y el Autor de las relaciones que ligan á unos individuos con otros para constituir un cuerpo social. Elocuentemente lo dijo el Profeta Rey: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*. En vano vigila el guardián de la sociedad, si ésta no tiene á Dios por custodio.

«Para mantener el orden y la paz, para promover el bien común, sin el cual es incomprensible la sociedad humana, es indispensable reprimir las pasiones aviesas que le perturban, y sacrificar el bien particular en aras del bienestar público. Y si se rompe el lazo que une la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad, al hombre con Dios, ¿sobre qué basaremos la represión de las pasiones y la imposición de sacrificios? ¿Por ventura en las leyes, en los tribunales y en la sanción penal? Todo esto es muy bueno, por más que no se descubra razón suficiente que lo autorice, prescindiendo de la autoridad de Dios: todo esto es muy bueno y todo ello es ineficaz. ¿Cuántos vicios hay que se sustraen fácilmente á toda ley y previsión humana! Sólo la Religión puede purificarnos de ciertas pasiones, menos groseras, si os place, pero no menos funestas al público bienestar, como la mala fe en los contratos, el préstamo usurario, el frío egoísmo, la calumnia, la mentira, y la vergonzosa voluptuosidad, que embrutece á los pueblos y los hace viles y desgraciados. La ley sin Dios nos libertará de tigres y de leones, pero no de ponzoñosos reptiles.

«¿Acaso, Ilmo. Sr., se buscará el freno social en los remordimientos de la conciencia y en la íntima satisfacción de la virtud? ¿Los remordimientos de la conciencia! ¿Pero qué es la conciencia sin la sanción de la eternidad? Un perro que no ladra, ó que

si ladra no muerde. Lo propio ha de pensarse de la virtud, palabra vana, que jamás impondrá sacrificios costosos, si estos sacrificios no tienen otra recompensa ni otra sanción que la violencia y la contradicción que el hombre se impone para practicarla. No hay medio, pues, de curar la llaga social que todos sentimos, sino acudiendo al remedio de todos los siglos, que consiste en avivar en los pueblos la llama de su fe en la acción de Dios que los gobierna.

»Y cuántos bienes proporciona á los pueblos la Religión verdadera! Siento, Ilmo. Sr., que la angustia del tiempo no permita ni apuntarlos, porque el momento es oportuno. Si la pública prosperidad depende del amor al trabajo, de la actividad del comercio, de la gloria de las artes, del progreso de las ciencias, y del concierto armonioso de los esfuerzos particulares por el bien común, no menos que del espíritu de generosidad que inspira todos los sacrificios y acepta todas las privaciones, ¿dónde, sino en el espíritu cristiano de un pueblo, encontraréis un manantial de tan bellas acciones? Porque donde el espíritu de Dios no sopla, la sabiduría es un lazo, y la prudencia un escollo. Sólo la Religión, que impone el trabajo como obligación sagrada, y estigmatiza la ociosidad como fuente de todos los vicios, favorece la industria, extiende el dominio de las ciencias, y prepara felices descubrimientos. Ella reanima y fomenta el comercio, apartando las causas de su decadencia y de su ruina, la mala fe en los contratos, los préstamos usurarios, las bancarrotas fraudulentas, las empresas temerarias y los proyectos ruinosos. La Religión inspira el verdadero valor al soldado defensor de la patria, reservándole, no sólo los laureles del tiempo, sino la recompensa magnífica de la eternidad, única que paga generosa y completamente el sacrificio de la vida. Ella ha formado esos guerreros incomparables, Pelayo, Alfonso el Magno, Ramiro, Alfonso el de Toledo y de las Navas, el Rey Católico, el descubridor del Nuevo Mundo, el Gran Capitán, el Conquistador de Méjico, y cuantas verdaderas glorias militares ha tenido España, y han defendido enardecidos sus fueros, persuadidos de que si morían, se inmolaban por Dios y por la patria.

»No he de fatigaros, Ilmo. Sr., recordándoos lo que sabéis: lo que las letras, las artes y las ciencias patrias deben á la Religión verdadera. Admirad los monumentos grandiosos de nuestras ciudades y de nuestros campos; recorred los museos y las colecciones de objetos de arte; pasad la vista por nuestras ricas bibliotecas, y decidme luego si no es la Religión la que ha levantado nuestros campanarios aéreos y nuestras graciosas é incomparables catedrales, la que ha alineado las rocas, y convertídlas en maravillas del arte. Decidme, ¿á qué reducíamos la historia artística, literaria y científica de España, si de ella boráramos las páginas de oro escritas por la Religión?

»Pero no las borraremos, no. Ellas son nuestra gloria, nuestra corona, el timbre inmaculado de nuestra prosperidad y grandeza pasadas. En ellas nos inspiraremos para alejar de la patria el malestar que la aqueja; en sus lecciones elocuentes aprenderemos á trabajar por el engrandecimiento de esta querida España. Así lo habéis hecho vos, Ilmo. Señor, al presentar al Apóstol la ofrenda de nuestros Reyes, y al formular una plegaria cristiana y elocuente. Dios escuche vuestros votos y nuestros votos: bendiga al tierno é inocente Príncipe en quien está hoy cifrada la esperanza de la patria; bendiga é ilumine á la egregia Reina Regente, modelo de virtudes, que con mano vigorosa tiene el gobernalle de la nave del Estado; y os bendiga también á vos, ilustre y cristiano Gobernador de esta religiosa provincia de la Coruña, para que trabajando con ardor y celo santo en el desempeño del arduo cometido que la patria os ha confiado, labréis la felicidad temporal de estos pueblos, y esa misma felicidad sea para Vcs, Ilmo. Sr., y para ellos presagio de la eterna bienandanza, que para todos pido humildemente al Señor.

»En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

En los días 26 y 27 continuaron celebrándose los divinos oficios matutinos y vespertinos con la misma pompa y esplendor y con extraordinario concurso de fieles. En la Misa del primero de esos días celebró de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Lugo, D. Fr. Gregorio María Aguirre y García, y predicó un magnífico sermón el Sr. Canónigo Magistral, Dr. D. Valeriano Menéndez Conde, que, observador atento y profundo conocedor de los males que afligen á la sociedad presente, demostró en períodos admirables, dignos de Fr. Luis de Granada, las causas del desconcierto presente, y su remedio único en la fe y con ella en las enseñanzas recibidas del Santo Apóstol. Por la tarde, después de Lau-

des, se verificó la procesión, dicha de Peregrinos, que desde la iglesia parroquial de Santa María la Real de Sar se dirigió al templo Metropolitano, donde fué recibida á la puerta de la Quintana.

El día 27 celebró la Misa de Pontifical el Excelentísimo Sr. Obispo de Mondoñedo, Dr. D. José María de Cos, y predicó un elocuentísimo sermón el Sr. Doctoral de la Catedral y Rector del Seminario Conciliar, Dr. D. José María Labín y Cabello, que, en una brillantísima excursión por el campo de la historia patria, demostró los beneficios inmensos que los españoles debemos al Santo Apóstol, y nuestra imponderable ingratitud si no correspondemos á ellos.

Puso fin á las fiestas religiosas de estos días la procesión por las naves y claustro de la Catedral con una Reliquia del Santo Apóstol, su histórica imagen á caballo y la de la Virgen Santísima del Pilar, llevada en lindo templete gótico dorado. Presidió el Sr. Obispo de Oviedo, y asistieron Comisiones del Excmo. Ayuntamiento y de la Universidad é Instituto. Cantáronse á toda orquesta villancicos en la Soledad, en el Claustro y en el Altar Mayor; y con esto y la bendición dada por el venerable Prelado Ovetense, terminaron los solemnísimos cultos. La lluvia, que empezó á caer á las cuatro y media de la tarde, no permitiendo á la procesión recorrer las calles de la ciudad, privó de uno de los actos más grandiosos con que el Cabildo Metropolitano demuestra su entusiasta gratitud á su Santo Patrono, Patrono esclarecido de las Españas y Padre en la fe de los españoles.

Terminadas las fiestas del Apóstol, la atención se ha fijado en el Concilio provincial, cuya inauguración el día 31 de Julio fué solemnísimamente y como correspondía á un suceso de su importancia, no ocurrido en Santiago desde el siglo XIII.

He aquí las personas que tienen asiento y voto decisivo en el Concilio:

Excmo. Sr. D. Victoriano Guisasola y Rodríguez, Arzobispo de Santiago, Presidente del Concilio. — Excmo. Sr. D. Cesáreo Rodríguez y Rodríguez, Obispo de Orense. — Excmo. Sr. D. Fernando Húe y Gutiérrez, Obispo de Tuy. — Excmo. Sr. D. Fray Ramón Martínez Vigil, del Orden de Predicadores, Obispo de Oviedo y Conde de Noreña. — Ilustrísimo Sr. D. Fr. Gregorio María Aguirre, del Orden de Menores Alcantarinos, Obispo de Lugo. — Excelentísimo Sr. D. José María de Cos, Obispo de Mondoñedo.

Tienen voto consultivo los siguientes Procuradores de los Cabildos:

Cabildo Metropolitano. — D. Santiago Francisco Viqueira, Chantre. — D. José María Labín, Canónigo Doctoral y Rector del Seminario Central. — Don José María Portal, Canónigo Lectoral. — D. Valentín García Barros, Canónigo Penitenciario. — Don Valeriano Menéndez, Canónigo Magistral. — Don Victoriano Guisasola y Menéndez, Canónigo y Administrador diocesano.

Cabildo de Orense. — D. Manuel Sánchez Arteaga, Arcediano. — D. Anastasio Alonso Flórez, Maestrescuela.

Cabildo de Tuy. — D. Ramón Plaza y Blanco, Arcipreste. — D. Victoriano Serrano de la Riva, Canónigo Doctoral.

Cabildo de Oviedo. — D. José Sarri de Oller, Arcipreste. — D. Manuel Misol y Martín, Canónigo Magistral.

Cabildo de Lugo. — D. Nicolás Bedoya, Deán. — D. Juan Manuel Carlón, Canónigo Magistral.

Cabildo de Mondoñedo. — D. Julián Herbás, Canónigo Penitenciario. — D. Valentín Autiá, Canónigo Doctoral.

Cabildo Colegial de la Coruña. — D. Manuel León, Canónigo Doctoral. — D. Jovita Otero, Canónigo.

Ordenes religiosas. — P. Gaspar de Villarreal, Abad del Monasterio de Benedictinos de Samos (Diócesis de Lugo). — P. Magín Beltrán, Provincial de los Mercenarios, residente en Conjo (Santiago). — Don Francisco Saco, Provincial de los Menores observantes residentes en Orense.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JOAQUÍN VAYREDA, natural de Olot y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. En la Exposición Nacional de Madrid de 1871 presentó *La tarde del Viernes Santo en Olot*, y en la de París de 1880 *La Misa de alba*. Al Sr. Vayreda le debe la población de Olot, donde reside, la fundación de un importante centro artístico, la instalación de museos, bibliotecas y conservatorios de música y la

creación de unos talleres ó estudios para los artistas de fuera de la población que acuden á ella.

D. JOSÉ DE LA VEGA Y MARRUGAL, discípulo de la Escuela de Sevilla y de D. José Romero. Su obra suya: *Murillo pintando á San Félix*, lienzo que regaló á la rifa iniciada para allegar fondos para el monumento dedicado á dicho célebre maestro; *Pío IX visitando á los garibaldinos en el castillo de San Angelo*, figuró en la Exposición gaditana de 1868; y *Un Cura y un monaguillo*.

D. FRANCISCO DE VEGA Y MUÑOZ, natural y vecino de Sevilla, en cuya Escuela de Bellas Artes hizo sus estudios, logrando diferentes premios. En la Exposición Nacional de Madrid de 1864 presentó *La crucifixión de los mártires del Japón en el Calvario de Nangasaki* y el *Martirio de los Santos Servando y Germán*, obteniendo por este último trabajo mención honorífica especial. En 1866 adquirió la Academia de Bellas Artes de su ciudad natal una aguada de este artista, copia del fresco original de Don Luis de Vargas, que representa el *Juicio final*, y se conserva en el Hospital de la Misericordia de Sevilla. En la Exposición Nacional de 1866 presentó *San Hermenegildo, mártir de Sevilla*. En la sevillana de 1867 expuso, *Tránsito de San Hermenegildo*. En la aragonesa de 1868, *El Niño Jesús adorado por unos ángeles é Interior de la iglesia de San Isidoro en Sevilla*. En la Exposición de Sevilla de 1877 figuraron varias obras de este artista, que había muerto prematuramente, entre ellas un cuadro representando á *San Lorenzo en la prisión*.

D. PEDRO DE VEGA Y MUÑOZ, natural de Sevilla y discípulo de su Escuela de Bellas Artes. Presentó en las Exposiciones sevillanas de 1867 y 1868 diferentes asuntos, y del género religioso, la *Muerte de Santa Justa*, *San Félix de Cantalicio*, copia de Murillo, *San Antonio de Padua* y la *Iglesia de Omnium Sanctorum*.

D. JUSTO MARÍA DE VELASCO, natural de Salamanca y discípulo de D. Vicente López. Es individuo de la Academia de San Fernando y pertenece á otras distinguidas corporaciones, entre ellas la Comisión de Conservación de Templos palentinos. El Sr. Velasco perteneció á la Junta directiva del Liceo Artístico y Literario de Madrid, en cuya Exposición pública del año 1838 presentó un *Ecce-Homo*, al óleo, copia de Murillo, y *San Fernando*, al lápiz, cuyos dos trabajos fueron adquiridos por la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón. En la Exposición de Valladolid de 1871 presentó un cuadro al óleo, titulado *Un milagro de la Virgen de las Nieves*, que merece elogio. Es de su mano el monumento de Semana Santa colocado en 1880 en la Catedral de Salamanca.

D. JOSÉ VELASCO DUEÑAS, calígrafo contemporáneo, autor, entre otros trabajos, del fac-símile de la partida de bautismo de Cervantes, y de un Trisagio de veinticuatro páginas en vitela para la Reina Doña Isabel II.

D. ALEJO DE VERA, natural de Viñuelas, en la provincia de Madrid, donde vivió la luz en 14 de Julio de 1834, y discípulo de D. Federico Madrazo y de la Real Academia de San Fernando. En la Exposición de 1862 presentó el *Entierro de San Lorenzo*, obra que basta para legitimar el crédito de su autor, que, antes de serlo, obtuvo premio merecido y pensión en la Eterna Ciudad. El Jurado de la Exposición referida le agració con la primera medalla, y el Gobierno español adquirió su trabajo para el Museo Nacional, donde figura. No menos digno de la primera medalla que alcanzó, el Sr. Vera presentó en la Exposición de 1866 *Un coro de monjas*, cuadro bellísimo, aunque de pequeño tamaño, y *Santa Cecilia* y *San Valeriano*, que fué comprado por el Gobierno para el Museo Nacional. En la Exposición de 1871 el Sr. Vera expuso, entre otros asuntos, *La comunión de los antiguos cristianos en las catacumbas de Roma*. En dicho certamen obtuvo el artista que nos ocupa primer premio, fuera de los reglamentarios y la Cruz de Carlos III. En 1874 fué nombrado Ayudante-Profesor de la Escuela Superior de Pintura de Madrid, cargo que desempeñó hasta 1878, en cuyo año volvió nuevamente á Roma como pensionado de mérito de la Academia Española de aquella capital. También logró premio en la Exposición de Filadelfia de 1876; en la de 1882 de Viena figuró en el cuadro de honor, y en Octubre de 1881 fué elegido individuo de número de la Real Academia de San Fernando, en la vacante ocurrida por muerte del Sr. Sans. Un lienzo que representa á *San Sebastián* es asimismo obra del pintor que acabamos de biografiar.

D. JUAN ANTONIO VERA Y CALVO, pintor sevillano, discípulo en su ciudad natal de D. Joaquín D. Becquer y de la Escuela de Santa Isabel; en Madrid, de las clases de la Escuela superior, y en París de M. León Cogniet. En las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes celebradas en 1858, 1862

y 1864, presentó este artista obras religiosas y profanas (obteniendo diferentes menciones honoríficas); citaremos aquí las primeras: *Jesús en casa de Marta y María* y *La Verónica*. En la de 1871 presentó: *Eva cogiendo la manzana* y *Adán antes de comer el fruto*.

D. IGNACIO VERDEJA, pintor sevillano. En 1855 pintó con destino á una iglesia de Puerto-Rico *El Corazón de Jesús adorado por la Virgen Santísima y varios ángeles*.

D. JOSÉ VERGADÁ, conde de Soto-Ameno, pintor de afición y Académico de mérito por la pintura de la Academia de San Carlos, muerto en 2 de Febrero de 1854. En el Museo provincial de Valencia se conserva un lienzo de su mano, copia de Espinosa, representando á *San Vicente Mártir*.

D. JUAN BAUTISTA VERMAY, pintor de historia; director que fué de la Sociedad patriótica de la Habana, profesor de la clase de dibujo y pintor honorario de Cámara. Entre otros trabajos suyos, que originaron su crédito artístico, se cuenta la pintura de la bóveda de la catedral de la Habana. En el cementerio de aquella población, donde descansa, le dedicaron una modesta lápida sus discípulos y amigos.

D. MARIO VIANI ROBEDO, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Valladolid. En el concurso celebrado por la misma en el año 1876 obtuvo un acésit por su cuadro *Celda de un fraile franciscano*. Posteriormente ha obtenido dos medallas de primera clase.

D. SANTIAGO VIAPLANA Y CASAMALA, natural de Barcelona, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de dicha ciudad y de M. Rhodes. En la Exposición Nacional de 1866 alcanzó del Jurado una medalla de tercera clase por los siguientes dibujos que había presentado: *Iglesia de San Juan de los Reyes*, *Exterior del ábside de la misma*, *Sección longitudinal de la catedral de Toledo*, *Fachada principal de la misma*, *Exterior y detalles de la iglesia del arrabal de Toledo* y *sepulcro del Condestable D. Alvaro de Luna y su esposa en la capilla de Santiago de dicha catedral*. Falleció poco tiempo después.

D. FRANCISCO VICENTE Y PEÑARANDA, pintor y restaurador, más conocido en este último concepto por los trabajos que ha realizado. Débese á este artista la restauración de numerosos lienzos existentes en el Monasterio del Escorial.

D. FRANCISCO VILARRASA, natural de Camprodón y discípulo en París de MM. Cogniet y Delaroche. En la Exposición Nacional de 1858, y en algunas de las verificadas en Barcelona, ha presentado, entre otros asuntos, *La Virgen de la Piedad*. La crítica ha saludado repetidas veces con sus elogios á este artista.

D. LEOPOLDO VILLAAMIL, natural de la provincia de Orense y discípulo en Madrid de D. Francisco Van-Halen y de la Escuela superior de pintura. En la Exposición de la Coruña de 1878 presentó *San Carlos Borromeo, dando la comunión á unos enfermos*.

D. JOAQUÍN VILLALONGA Y DESBRULL, nació en 1789 en Palma de Mallorca, de una familia distinguida, y aunque dedicado á la carrera militar, dedicóse asimismo á las bellas artes. Débese á su mano el cuadro principal del retablo mayor de la Iglesia del pueblo de María.

D. JOSÉ VILLARELLE. En la Exposición celebrada en Pontevedra en 1880 presentó una copia de *La Perla*.

D. LUIS DE VILLAVERDE Y CASTERA, Jefe de artillería y pintor de afición. Es autor de los cuadros: *Interior de un convento de Guipúzcoa* y *Galería del Convento de San Jerónimo*, que presentó en la Exposición Nacional de 1871.

D. JOSÉ VILLEGAS Y CORDERO, nació en Sevilla en 1844, é hizo sus primeros estudios bajo la dirección de D. Eduardo Cano y D. José Romero. En 1867 se trasladó, á costa de grandes sacrificios, á Roma, y pronto fué su nombre conocido en los mercados de París y de la Ciudad Eterna. Vendió en 150.000 francos á Mr. Vanderbilt su cuadro *Un bautizo en Sevilla*. Es obra suya *La restitución del San Antonio de Murillo á la Catedral de Sevilla*.

D. RICARDO VILLODAS, discípulo de la Escuela Superior de Madrid. En la Exposición celebrada en 1871 en esta población presentó *Una capilla en San Isidro el Real* y *Una Misa*. En el género histórico ha logrado nuevos y mayores triunfos.

D. JOSÉ VIVÓ Y RODRIGO, nació en Valencia en 1801, y desde sus primeros años mostró decidida afición por el estudio de las bellas artes, dedicándose muy especialmente á la pintura, cuyas primeras lecciones recibió en la Academia de San Carlos de su ciudad natal, hasta que en 1815 le tomó bajo su inmediata dirección el pintor D. José Zapata. Son obras suyas: El lienzo que existe en el altar mayor de la capilla de la Comunión, de la Iglesia de San Mateo de Valencia, que mide catorce palmos de altura y representa á *Nuestra Señora del Rosario*

con *San Francisco* y *Santo Domingo á los lados*, y *grupos de ángeles y serafines*. En la parroquia de San Bartolomé otro de *Santa Filomena*, colocado en una de las capillas del crucero de dicha iglesia. El de *Los desposorios de la Virgen*; que lo está en la capilla de San José, de la parroquia de San Lorenzo. Cuatro lienzos, en cuadro, de diez palmos cada uno, con pasajes de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, para la catedral de Orihuela. En el pueblo de Benifayó otro, de nueve palmos, representando á *Cristo en la agonía, con la Virgen y San Juan á los lados*, el cual mereció muchos elogios por el dibujo y casta del colorido antiguo. Un *San Roque*, de nueve palmos, para la villa de Alcora. Un *Buen Pastor*, de trece palmos, conservado en la iglesia parroquial de Crevillente. Una tabla para el tabernáculo de la Sagrada Forma, dos mancebos en adoración y varias alegorías para Ollería, *Nuestro Señor Jesucristo en la Columna*, é infinidad de cuadros para las suprimidas órdenes religiosas. También fué muy conocido y reputado como restaurador, y murió en Moncada en 5 de Febrero de 1868.

DOÑA ABENCIA VIYA DE LOMBERA, pintora de afición, residente en Cádiz, en cuyas últimas Exposiciones de Bellas Artes ha presentado diferentes trabajos, siendo muy elogiadas sus copias de un *San Antonio*, *Santa Clara* y la *Cabeza de un Apóstol*.

D. CARLOS WADE, pintor, natural de Gibraltar, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz. En la Exposición de dicha ciudad, en 1870, alcanzó una mención por el lienzo *La Resurrección de Lázaro*.

DOÑA ROSARIO WEIS, nació en Madrid en 2 de Octubre de 1814, y á consecuencia de desgracias de familia fué confiada desde sus primeros años al célebre Goya, pariente suyo, á cuyo lado empezó á manifestarse en la niña Rosario su decidida vocación por las bellas artes. Conociendo éste su talento, y disposiciones, no vaciló en cultivarlas. La Academia de San Fernando abrió sus puertas á la señorita Weis en 1840, y en 18 de Enero del año 1842 fué nombrada maestra de dibujo de la Reina Doña Isabel y de su hermana Doña María Luisa Fernanda. Falleció nuestra artista á los treinta años de edad, y citaremos aquí de entre sus obras un *Ángel*.

DOÑA ASUNCIÓN YÁÑEZ. En la Exposición de Santiago, celebrada en 1875, presentó dos cuadros al óleo: *La Dolorosa* y *Un monje rezando*.

DOÑA N. YONNGER. En la Exposición de Bellas Artes celebrada en Cádiz en 1854, presentó un *Ecce Homo*.

D. MANUEL YUS Y COLÁS, natural de Nuévalos (Zaragoza) y discípulo de la Escuela Superior de Madrid. Presentó en la Exposición aragonesa del año 1868 una copia de la *Sacra Familia*, de Rafael, conocida por *La Perla*.

D. RUPERTO ZALDÚA, premiado con mención honorífica en la Exposición de Vitoria de 1867: había presentado la copia de un *San Fernando* y la de *Los esponsales de Santa Catalina*.

D. EDUARDO ZAMACOIS Y ZABALA, natural de Bilbao, discípulo en Madrid de la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado, y en París de la Escuela Imperial y de Meissonnier. El Sr. Zamacois fué una gloria muerta en flor. Falleció en Madrid, á la temprana edad de veintisiete años, en 12 de Enero de 1874. En la Exposición universal de París de 1878 se consagró un diploma á su memoria. En vida alcanzó los más legítimos triunfos, siendo obra suya *El refectorio de los Trinitarios en Roma*.

D. JOSÉ ANTONIO ZAPATA Y DADAD, pintor valenciano. Nació en 1762, ganó en sus primeros estudios verificados en la Academia de San Carlos numerosos premios. Fué académico de la misma y de la de San Fernando, de Madrid. Murió en 31 de Agosto de 1837 á la edad de setenta y cinco años. Citaremos los siguientes trabajos de su mano: un *Santísimo Cristo de la Corona*, existente en la parroquia de Santa Catalina, mártir, de Valencia; los cuadros del retablo mayor y cuerpo de la Iglesia del lugar de Vilanesa; el del retablo mayor de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, en el Cabañal; dos de tamaño mayor que el natural, en Palma de Mallorca; el *Salvador* y laterales de las monjas de San Cristóbal de la misma ciudad; *La Virgen con el Niño* y *La aparición de la Virgen á San Elias*, existentes en el Museo provincial, y el retrato de *Fray Doctor Jaime Juan Falcó*.

D. EUSEBIO ZARZA, natural de Madrid y discípulo de la Academia de Nobles Artes de San Fernando. En la Exposición Nacional de 1856 presentó: *La Purísima Concepción de Nuestra Señora* y la *Sacra Familia descansando en Egipto*; obtuvo mención honorífica. Dedicado principalmente al dibujo para grabar en madera y á la litografía, el Sr. Zarza ha tomado parte en diversas publicaciones, mereciendo citarse en este lugar sus trabajos para *La Sagrada Biblia*.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo, en lo que á las obras pictóricas de carácter religioso se refiere. Más breve será nuestra tarea, aunque no de menor curiosidad, en cuanto se relaciona con la escultura, y á esto consagraremos algunos artículos en los próximos números de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, contando con la benevolencia nunca desmentida del lector.

M. DE A.

(Se continuará.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Adelantan rápidamente los trabajos para terminar la riquísima estola pontificia que la ciudad de Valencia y pueblos de su Archidiócesis ofrecerán al Padre Santo con motivo de sus *Bodas de Oro*.

El inteligente profesor de dibujo D. Miguel Ramírez Bonet ha sido el encargado de interpretar con su correcto lápiz el pensamiento alegórico de tan justa solemnidad, para que la mencionada estola sea, no solamente un presente digno de la augusta majestad á quien se dedica, sí que también un recuerdo del quincuagésimo aniversario de la consagración sacerdotal del gran León. El estilo del dibujo es románico y expresa por medio de preciosas alegorías encerradas en artísticos cuadrifolios y sextifolios las virtudes del Sacerdote y su carácter de ministro de Jesucristo. En el centro de los dos brazos de la estola campear los escudos pontificios coronados de roble y de laurel.

De la confección del bordado está encargada Doña Vicenta Churat, acreditada por su pericia en trabajos de esta índole.

Es de notar que dicha señora se ofreció con generoso y laudable desprendimiento á bordar gratuitamente la estola pontificia, poniendo además de su cuenta los materiales del bordado.

Para más realzar el mérito y el valor de tan importante trabajo, cuenta la Junta con más de cuatrocientas piedras preciosas, algunas de subido precio, ofrecidas por todas las parroquias de este Arzobispado.

La estola irá encerrada en un magnífico estuche, también de estilo románico, de cuya confección se han encargado reputados artistas.

Á continuación publicamos la lista de los objetos que con destino á la Exposición Vaticana se han recibido en la Secretaría del Seminario Conciliar de esta ciudad:

Del Sr. Cura de Torrente, una casulla encarnada. De una devota de Valencia, una íd. blanca. Del fabricante de tejidos D. Antonio Llana, cuatro casullas: dos encarnadas, una blanca y una negra. De Masamagrell, una toalla de altar. De una persona devota, una casulla blanca. De un devoto de Valencia, unas vinajeras de metal blanco con campanilla.

De las Religiosas de al Pie de la Cruz, de Valencia, dos corporales, doce palias y doce hijuelas con su correspondiente caja de terciopelo.

Han contribuido además con ofrendas en metálico y prendas y objetos de culto:

La Escuela dominical de la Inmaculada Concepción de Valencia.

La Conferencia de la Inmaculada Concepción.

La del Sagrado Corazón de Jesús.

La de Señoritas roperas del Purísimo Corazón de María.

La de la Sagrada Familia.

La de Señoritas roperas de San José.

La de San Sebastián.

La Asociación de Madres Católicas.

La del Corazón de Jesús del Hospital.

La Congregación de San Felipe Neri.

La Asociación de Desagravios al Sagrado Corazón de Jesús, establecida en el Convento de la Puridad.

Las Escuelas dominicales consagradas al Sagrado Corazón de Jesús bajo el patronato de la Sociedad Económica.

Para citar los pueblos que han contribuido con alhajas y cantidades habría que enumerar todos los de Valencia.

El broche de la capa magna que las señoras de Sevilla regalarán á Su Santidad está formado de cuatro semicírculos de brillantes unidos entre sí, con una preciosa esmeralda cada uno, rodeando el monograma de León XIII, que ocupa el centro y va montado en rosas de Holanda. La tiara de oro, con sobrepuestos de plata que forman las tres coronas, va adornada con esmeraldas y rosas, de la que penden las cintas cubiertas también de pedrería. En la parte alta debajo de la cruz lleva una perla. Las lla-

ves, todas de brillantes, aparecen en la parte superior las guardas, y en la inferior el anillo, en cuyo centro lleva un grueso brillante cada una, terminando por una y otra parte en una perla. La parte inferior del broche la ocupa una magnífica esmeralda con cuatro brillantes, acompañados de caprichosos dibujos góticos. De los lados del centro parten dos arcos, estilo ojival, cubiertos de brillantes, lo mismo que los adornos interiores, en donde van colocadas dos gruesas perlas. En las agujas que sujetan el broche por detrás va grabada la siguiente inscripción: *A Su Santidad León XIII en su Jubileo Sacerdotal, las Señoras de Sevilla*, y en la tiara, «1887.» Va toda montada en plata, y consta esta alhaja de quinientas ochenta piedras preciosas. El dibujo de estilo gótico es original de D. Cándido Viana, siendo construido por el hábil artífice D. Antonio Martín, de Sevilla.

El 15 del próximo Septiembre se inaugurará en Tortosa, en los salones de la Juventud Católica, la Exposición de todos los objetos que se han de enviar á Roma, para obsequiar á Su Santidad el Papa León XIII en sus Bodas de Oro.

Dícese que hay preciosos y valiosos objetos, pues no baja de 25.000 duros el valor de todos, sin contar el que representa los trabajos invertidos en los bordados y confección de ropas. El álbum de firmas lo formarán doce grandes tomos que contendrán millares de nombres inscritos, todos de hijos de aquella diócesis.

La ofrenda de la diócesis de Madrid-Alcalá con destino al Jubileo asciende á 50.660 pesetas; la del Dinero de San Pedro recaudado por la misma, 116.383; la de la sección de Oración 3.502. Recaudado por las Juntas parroquiales, 20.068.

Las parroquias que aparecen con una suma mayor de 1.000 pesetas son San Martín, San Sebastián, Santa Cruz, San Justo, San Luis, San Millán y San Marcos.

Ya han sido entregados al Sr. Arzobispo de Tarragona los regalos que la población industrial de La Riba ofrece á Su Santidad León XIII con motivo del Jubileo ó Exposición que se prepara. Consiste en dos estuches primorosos, que contiene el uno un precioso tintero de plata en forma de globo, teniendo marcado el mapa-mundi, cuyo remate lo forman el báculo, la cruz y los Santos Evangelios; su plato es de mármol negro, primorosamente labrado, en el cual hay una pluma de plata con la inscripción siguiente: «Los niños del Catecismo de La Riba,» todo trabajado en la casa del Sr. Casseras, de Barcelona. Hay en el mismo estuche un departamento con dos resmas de papel clase superior, cuya marca la forma el escudo pontificio con el nombre de La Riba y el fabricante D. Isidro Gomá. El otro estuche contiene un juego de amito, purificador, corporales, lavabo é hijuela bordado todo con primor por las religiosas de la Casa de Caridad de Valls, con las cintas bordadas en oro, flecos de oro y la dedicatoria siguiente: «A Su Santidad León XIII en sus Bodas de Oro. La Riba.»

Además del regalo del emperador de Alemania, se tiene en Roma noticia que el de la reina Victoria con motivo de las Bodas de Oro consiste en una magnífica colección de tapices representando hechos histórico-religiosos del Reino Unido, anteriores á la ruptura de Inglaterra con la Iglesia.

De Viena se dice que llegarán también cosas peregrinas, y entre ellas se cuenta una cruz de oro macizo incrustada de pedrería, representando un valor de 100.000 florines. A su coste han contribuido el emperador Francisco José con 20.000, y un convento de damas nobles de Viena con 80.000. El Emperador ha hecho de propia mano algunas modificaciones en el trazado de esta obra de arte, cuyo dibujo se sometió previamente á su aprobación.

El cabildo de Strasburgo regalará á Su Santidad una copia del reloj de su famosa catedral. Este reloj tiene tres metros de alto y lo ha construido un campesino de los alrededores de Strasburgo.

BIBLIOGRAFIA

Leo Taxil. *Confesiones de un ex-librepensador*, traducidas en español por D. Angel Z. de Cancio.—Barcelona, 1887, Grabulosa, editor.

Dos años hace que Leo Taxil (Gabriel Jogand-Pagés), el terrible enemigo del catolicismo, el fundador

en Francia de la Liga anticlerical, el autor ó inspirador de tantas obras como en los últimos años han salido á luz en mengua y desprestigio de la Religión y de sus sacerdotes, hacía pública y solemne abjuración de sus errores, dispuesto á reparar en la medida de sus fuerzas el mal que con sus predicaciones y escritos había causado. La prensa radical, la secta masónica, los elementos librepensadores ó impíos, furiosos de una conversión que tanto daño les causaba, se consagraron á mancillar y escarnecer al convertido, suponiéndole guiado por miserables cálculos y no perdonando que quien había puesto su poderoso talento al servicio del error se apartara resueltamente de él: Leo Taxil, cuya energía desde la adolescencia es bien notoria, no solamente despreció aquellos ataques, sino que después de haber confesado ante la Iglesia sus faltas quiso dar pruebas de humildad confesándolas ante el mundo, y su obra *Las Confesiones* ha obtenido en Francia un éxito grandísimo y ha sido traducido casi simultáneamente al alemán, al inglés, al italiano, al húngaro y al español. Verdad es que dicha obra, admirable bajo el punto de vista cristiano, no lo es menos bajo el literario, y que *Las Confesiones* de Leo Taxil son en cierto modo la historia de la impiedad francesa durante los últimos años. Justo es decir que si muchos han sido los desgraciados pervertidos por Taxil, muchos prometen asimismo ser los arrepentidos por su ejemplo y doctrinas, contándose ya á estas fechas algunas importantes conversiones.

Persuadidos de la conveniencia de que se conozca el carácter de esta importante obra, y en la seguridad de que no ha de llevarlo á mal el editor de la traducción española, reproduciremos en el próximo número uno de los capítulos, tan interesante como cuantos forman *Las Confesiones* de Leo Taxil.

El Vaticano y los masones, por Leo Taxil, obra vertida al castellano por D. Angel Z. de Cancio.—Barcelona, 1887, Grabulosa, editor.

Leo Taxil, el célebre librepensador convertido, autor de la obra *Los misterios de la Francmasonería*, ha reunido en un volumen todos los actos de la Iglesia católica, contra aquella secta, á partir de la constitución apostólica *In eminente* de S. S. Clemente XII, fecha 24 de Abril de 1738, y cuyo documento, que desenmascaró á los masones, tuvo grandísima resonancia y cortó la creciente propagación de un mal que había tenido en el misterio bastante desarrollo. En esta obra despiertan especial interés las páginas consagradas por el autor á refutar la calumniosa aseveración de que S. S. Pío IX pertenecía á la secta masónica.

NOTICIAS

Merece seguramente servir de imitación y ejemplo la conducta observada recientemente por el diputado francés Mr. de Cassagnac. Designado para concurrir con otros individuos de la Cámara al entierro civil de Mr. Cantagrel, se ha negado ahora, fundando su negativa en las razones que vamos á copiar:

«Mi conciencia de católico me prohíbe formalmente seguir un convoy fúnebre que no pase por un templo consagrado...»

«El libre-pensamiento ha llegado á ser militante, agresivo, y marcha descaradamente al asalto del cristianismo.»

«No es con infelices extraviados con quienes tenemos que entendernos, sino con enemigos implacables.»

«Y marchar detrás de un ataúd que no precede el sacerdote, y donde no va enarbolada la cruz, sería una capitulación sin excusa.»

«Yo no la cometeré jamás.»

«Amo á mi padre tanto como un hijo puede y debe amarle; amo también á mis hijos todo lo que un padre es capaz de amar.»

«Que me critique quien quiera; si muriesen renegando su fe, y ostentando la negación de Dios, sin vacilar hubiera rehusado acompañarlos á su última morada.»

«En plena guerra religiosa, cuando nuestras creencias son ultrajadas públicamente, cuando nuestros sacerdotes están proscritos y reducidos á la miseria, cuando el ateísmo del Estado se levanta con insolencia enfrente de las iglesias desbalijadas diariamente por los ladrones que él envalentona; el catolicismo debe convertirse en la intransigencia de los primeros y grandes días de nuestra religión.»

«Y lo que yo no haría por los seres más queridos míos, no lo haré por un extraño, por más que sea un colega en el parlamento...»

«Los verdaderos creyentes no pueden sin complicidad criminal asociarse públicamente por su presencia al menosprecio de su fe...»

«Nosotros no podemos ni debemos sancionar de cerca ó de lejos lo que á nuestros ojos es el desmoronamiento de la humanidad, lo que la envilece, designando como fin único la tierra, que es el fin de los animales.»

«Si todos los católicos estuviesen tan firmemente resueltos á no ceder jamás á las cobardes complacencias del mundo y tomasen el partido de rehusar su presencia en los casamientos y entierros que prescinden de la consagración religiosa, cualesquiera fuesen los lazos de amistad y parentesco, las ceremonias puramente civiles resultarían muy pronto con el triste esplendor de su abyección vergonzosa.»

El Procurador general de los misioneros Jesuitas de Ultramar, R. P. D. José Manuel Mendaro, ha entregado á los señores ministro, subsecretario, director general de Gracia y Justicia y otros altos funcionarios de aquel departamento, ejemplares de los cuadernos 6.º y 7.º, que son verdaderos tomos, de las *Cartas de los Padres de la Compañía de Jesús de la misión de Filipinas*, impresas en Manila.

En el año último ha llegado á 24.000 el número de alumnos y alumnas que han frecuentado en Roma las escuelas católicas, prefiriéndolas á las oficiales, ó del Gobierno y Municipio, que apenas si han logrado reunir 22.000 alumnos de ambos sexos. El Padre Santo ha gastado en el sostenimiento de aquellas escuelas 102.000 francos.

Estas cifras no necesitan comentarios. Pero bueno es hacer constar todo esto, para que se vea una vez más la gran solicitud de León XIII para propagar la educación cristiana entre los hijos del pueblo romano, desprendiéndose con largueza de las sumas con que auxilian al Papa pobre y prisionero los fieles de todo el mundo.

También las escuelas superiores de estudios técnicos y liceos han tenido en dicho período gran incremento, merced á la munificencia de Su Santidad; y dentro de poco, y por cuenta del Padre Santo, se adquirirá un palacio en el centro de la ciudad para reunir en un solo local todas las escuelas que hoy ocupan en arriendo varios locales con mucho dispendio.

Se dice, á propósito de la adquisición de dicho palacio, que tiene vastas y hermosas salas, que se piensa seriamente en reorganizar las antiguas Academias pontificias de Roma, tales como la Arcadia, Tiberiana, Inmaculada Concepción, etc., etc., en un solo cuerpo ó *Instituto de Ciencias y Letras*, con diversas secciones que podrán disfrutar una existencia más floreciente, activa y útil, reunidas y con asiento fijo, que no la que actualmente llevan dichas Academias esparcidas y sin unidad de dirección.

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Valencia, el Presbítero D. Antonio Seguí y Aliaga.

En Barcelona, D. Juan Pi y Alguer, Beneficiado de aquella Santa Iglesia Catedral.

En Roma, el Rmo. P. Manuel Martínez, Procurador general de los Agustinos descalzos de España.

En Almosfey, D. Valentín Cabrita Quinteiro, Cura párroco de aquel pueblo.

En Cerullón, el Cura párroco de la iglesia de San Esteban D. Fermín Pérez Mata.

En Badajoz, el Canónigo D. Juan Cirilo Fernández.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.